

MERCHE DIOLCH

y
llegaste
tú

MIGUEL

PARTE 9

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Cita

Prólogo

PARTE 9. MIGUEL

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Avance

Cita

Prólogo

Biografía

Créditos

Click

PlanetadeLibros



 Planeta

Gracias por adquirir este eBook Visita Planetadelibros.com y descubre una

nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Click 
EDICIONES

Merche Diolch

MIGUEL
YLLEGASTE TÚ 9



«Son nuestras elecciones las que muestran lo que somos, mucho más que nuestras habilidades».

J. K. ROWLING, *Harry Potter y la cámara secreta*



Prólogo

---¿Qué haces aquí, Miguel? ---le preguntó Sarah mientras subía las escaleras que conducían hasta la entrada del bar donde trabajaba.

El joven, que estaba sentado en uno de los escalones, levantó la vista de su móvil y le regaló una radiante sonrisa.

---Esperarte. Ya sabes que sin ti no puedo vivir.

La risa femenina los envolvió.

---Mira que eres pelota ---lo acusó al mismo tiempo que abría la puerta del establecimiento---

Anda, entra ---lo invitó mientras encendía las luces.

Él se levantó, se limpió un poco el vaquero y la siguió.

---No sabía que abrías tan temprano ---comentó intentando entablar una conversación. Se sentó en uno de los taburetes que había cerca de la barra y el silencio del local le llamó la atención, tan acostumbrado al ruido y las conversaciones de los camioneros que por allí pasaban.

La chica se metió en la cocina para salir de inmediato con un cubo lleno de agua en una mano y una fregona en la otra.

---Alguien tiene que limpiar.

---¿Te ayudo? ---Se bajó del taburete y atrapó corriendo el cubo de plástico.

Ella negó con la cabeza.

---Es cosa mía...

Él tiró del cubo con fuerza, intentando que se lo diera, pero ninguno de los dos lo soltaba.

---Venga, no seas cabezota. Déjame ayudarte...

---No, Miguel. Es mi trabajo... ---le señaló y tiró del cubo hacia ella, provocando que el agua cayera al suelo, mojándolos.

El chico comenzó a reírse.

Sarah lo miró con cara de pocos amigos.

---No le veo la gracia.

Miguel aprovechó para quitarle la fregona de la mano y le dio un beso en la mejilla para su sorpresa.

---Venga, no te pongas así, que estás muy fea.

Ella cruzó los brazos por delante y arrugó el ceño mientras observaba como limpiaba.

---Pues tampoco se te da tan mal ---dijo pasado un tiempo.

Miguel la miró por encima del hombro y guiñó un ojo.

---La experiencia... Anda, sigue tú con otras tareas y yo termino con el suelo.

Sarah asintió y desapareció en la cocina.

Al poco, se escuchó en el local el ruido de la puerta al abrirse.

---Está cerrado ---anunció Miguel a quien fuera que había entrado, sin ni siquiera molestarse en mirar.

---¿Está Sarah? ---preguntó de forma brusca el recién llegado sin hacerle caso.

---¿Quién lo pregunta? ---Miguel paró lo que estaba haciendo y observó al joven que acababa de entrar. Iba vestido con un pantalón negro y una cazadora también oscura, y no era más alto que él. Tenía las gafas de sol puestas, aunque ni dentro ni fuera del local fueran necesarias, y su cabello rubio estaba peinado hacia arriba.

El joven lo miró con gesto de desprecio de arriba abajo.

---No es de tu incumbencia...

Miguel dejó la fregona apoyada en la barra.

---Si preguntas por Sarah, sí. ---No sabía muy bien por qué había dicho eso, pero al observar a ese desconocido algo le dijo que no era de fiar.

Se carcajeó ante su respuesta.

---No me hagas reír, muchacho. ¡Sarah! ¡Sarah! ---la llamó a gritos, ignorándolo.

Miguel se acercó a él un poco más y atrapó su brazo.

---Tengo que pedirte que te marches...

El chico se quitó las gafas de sol, dejando visibles unos ojos demasiados rojos, muy lejos del blanco que debía cubrirlos, prueba de que por su sangre corrían sustancias ilegales, y trató de zafarse de su agarre.

---¡Suéltame! ---le exigió.

Miguel hizo lo que le pedía y señaló la puerta.

---Vete ---le ordenó de nuevo.

---Oblígame ---lo retó.

Miguel avanzó un par de pasos con intención de hacerlo cuando le sorprendió un puñetazo en el estómago que provocó que se doblara sobre sí mismo. Mientras hacía todo lo posible para recuperar el aire que le había robado el golpe, el joven que le había sacudido se agachó para mirarlo a la cara.

---Dile a Sarah que Aitor la busca ---le dijo entre dientes y se marchó.

Miguel se acercó a la entrada en cuanto esto ocurrió y, sin dudar, cerró la puerta con llave.

Se apoyó en la madera y llamó a la chica que se escondía en la cocina.

---Sal... Ya se ha ido.

Sarah apareció de inmediato. En su cara se reflejaba el terror que había sentido cuando identificó la voz de quien la llamaba.

---¿Estás bien? ---le preguntó preocupada.

Él se pasó la mano por su estómago y asintió.

---Algo dolorido..., pero bien.

La chica llevó sus manos a la zona que había sufrido el puñetazo y lo miró con sus ojos azules llenos de lágrimas.

---Lo siento... Yo...

Miguel chistó acallándola y le acarició la mejilla, secándole la humedad que se deslizaba por ellas.

---No pasa nada... Estoy bien. Está todo bien ---mintió pasándole un brazo por los hombros para atraerla hacia él---. Estoy aquí. Me tienes para lo que necesites.

Sarah apoyó su cabeza en el pecho de él y lo abrazó.

El silencio se asentó en el local, solo roto por el llanto de la joven.

PARTE 9

MIGUEL

Capítulo 1

---Nos vamos ---le dijo Miguel en cuanto apareció por el bar a modo de saludo.

Sarah arrugó el entrecejo y lo observó confusa. Hacía dos días que no sabía nada de él y ahora, de repente, aparecía como si tal cosa. Cogió el trapo con el que limpiaba la barra del bar con más fuerza de la necesaria y siguió con lo que estaba haciendo sin dirigirle la palabra.

El joven se quitó el gorro verde que llevaba y lo estrujó entre las manos.

---Sarah, sé que estás enfadada...

Esta negó con la cabeza, pero no lo miró a los ojos.

---No sé de qué hablas.

Miguel tiró el gorro sobre la barra, entorpeciendo su trabajo y obligándola a detenerse.

---Sí, desaparecí. ---Se pasó la mano por el cabello y resopló---. Pero tenía cosas que debía atender para poder...

Sarah le dio la espalda y se dirigió a la cocina, ignorándolo.

Él soltó el aire que retenía, agarró su gorro y se lo metió en el bolsillo trasero del vaquero.

Golpeó uno de los taburetes y soltó un exabrupto arrancando una carcajada a uno de los camioneros que estaba cerca de él tomando una cerveza. Lo miró con cara de pocos amigos, pero el hombre, lejos de molestarle, levantó la jarra y brindó en el aire.

---Yo apuesto por ti. ---Le guiñó un ojo y bebió.

---No sé qué decirte, amigo ---intervino en la conversación un hombre que se sentaba un par de mesas por detrás del primero---. Esa chica los tiene bien puestos...

---¿Apostamos? ---preguntó un tercero.

Miguel parpadeó varias veces, alucinando de que todos los reunidos en el local estuvieran más atentos a la charla que habían mantenido Sarah y él que a sus propias cosas. Se puso el gorro en la cabeza y, sin querer intervenir en el debate que mantenían los clientes del bar, fue tras su objetivo.

Cruzó la barra del bar y se parapetó en el vano de la puerta para evitar que Sarah saliera huyendo sin escucharle.

La joven, que estaba preparando lo que parecía ser una hamburguesa, ni siquiera se volvió para mirarlo cuando sintió que la observaban. Sabía de quién se trataba y no quería que supiera que le había afectado su ausencia.

Dos días...

Habían pasado dos días desde que apareció Aitor buscándola, desde que Miguel se había enfrentado a él, desde que le había prometido que estaría ahí para lo que necesitara...

Golpeó con la espátula la carne picada, con mucha más fuerza de la necesaria, y tensó su mandíbula al recordar como en esos días saltaba cada vez que la puerta del local se abría, cada vez que aparecía detrás de ella una cabeza rubia, con temor a que su exnovio regresara y que, en esa ocasión, nadie pudiera ayudarla... porque estaba sola.

Miguel se marchó en cuanto apareció Boris, su jefe, en el local con la excusa de que debía solucionar unas cosas para volver a aparecer...

No había estado a su lado, aunque se lo había prometido.

---Sarah... ---la llamó justo cuando esta daba la vuelta al filete y lo golpeaba con saña y él no pudo más que tragar con dificultad, consciente de que la camarera en ese momento imaginaba que, en vez de carne, maltrataba una parte de su cuerpo..., una muy delicada---. Sarah, escúchame, por favor.

Ella expulsó el aire que retenía y lo observó cruzándose de brazos a la expectativa de lo que quisiera decirle. Su cara y su cuerpo delataban la poca gracia que le hacía esa situación.

---Miguel, no me debes nada, por lo que... ---Movi6 la mano, animándolo a que saliera de la cocina.

El joven neg6 con la cabeza y avanz6 un par de pasos hacia ella, adentrándose en la estancia donde el humo y el olor a fritura sobrevolaban el ambiente.

---Ahí es donde te equivocas ---la corrigió---. Te aseguré que estaría a tu lado y no lo estuve, pero tenía mis propios motivos. Debía hacer algo urgente y, por lo que me dijo Boris, él estaría por aquí por si ese impresentable regresaba...

---¿Boris?! ¿Qué tiene que ver mi jefe en todo esto?

Miguel apoy6 su cadera en uno de los muebles de aluminio y cruz6 los pies.

---¿Pensabas de verdad que te iba a dejar sola después de lo del otro día? ---Sarah asintió con la cabeza, provocando que naciera un pequeño pellizco de decepción en el corazón del joven---

Hablé con Boris ---explicó ignorando sus sentimientos---, le conté lo de ese tal Aitor... Lo que había sucedido y como había venido tras de ti... ---Se incorporó de golpe y se quitó el gorro de nuevo---. Sarah, no quisiste explicarme en su momento qué relación tiene contigo ni lo que puede querer de ti, pero a la legua se ve que es peligroso. Necesitaba estar seguro de que, si yo no podía ayudarte, alguien lo hiciera por mí.

Ella se pasó los dedos por sus rizos marrones y dejó caer la mano a continuación.

---¿Y le dijiste a mi jefe que hiciera de niñera?

Se encogió de hombros.

---Y a algunos de los chicos habituales que suelen parar por aquí.

Sarah señal6 el hueco por donde había entrado y que llevaba hasta la zona del bar donde estaban los clientes.

---¿A ellos?

Miguel puso cara de no haber roto ningún plato y asintió.

---Se preocupan por ti...

---Ahora me lo explico todo ---lo cortó---. Lo insoportable que ha estado Boris, cuando normalmente apenas aparece por aquí y, en este tiempo, solo le ha faltado acompañarme al servicio. Por no hablar de esos de ahí. ---Volvió a levantar la mano para señalar la zona detrás de Miguel---. Casi acaban conmigo...

Él sonrió.

---Eres una exagerada...

---Prueba a estar trabajando un día y que a todas horas te pregunten si estás bien o necesitas algo... Casi se ponen detrás de la barra para atender ellos a la gente. ---Sonrió recordando---. O cocinando... Tuve que detener a Félix, el grandullón que siempre lleva la misma camisa de cuadros rojos... ---Miguel movió la cabeza de manera afirmativa al saber de quién hablaba---

Porque quería entrar en la cocina para preparar la comida... ¡Por Dios, si no tiene ni idea!

Podríamos haber salido ardiendo...

---¿Como tú ahora? ---preguntó divertido acercándose hasta ella para arrebatarle la paleta que todavía llevaba en una de las manos para poder apartar la carne que había sobre la plancha.

Estaba carbonizada.

Sarah le acerc6 un plato y no dud6 en tirar la carne negra a la basura, para recuperar la espátula a continuación. Tom6 un nuevo filete y lo puso sobre la plancha.

---Es por tu culpa. Me has distraído ---lo acus6.

Miguel observ6 su perfil y le apart6 uno de sus rizos, para colocarlo detrás de la oreja, logrando

que diera un pequeño salto ante el contacto.

---¿Me perdonas? ---le rogó a media voz.

Lo miró de medio lado y asintió.

---Pero no me debes nada...

Él chascó la lengua contra el paladar interrumpiéndola.

---Te lo prometí y para mí eso es suficiente. ---Volvió a mover la cabeza de manera afirmativa, conforme con lo que le decía---. Y ahora, acaba lo que estés haciendo que nos vamos.

Sarah arrugó de nuevo el ceño al escucharle decir lo mismo que había comentado nada más aparecer en el local.

---No sé de qué me hablas, Miguel. No puedo irme y dejar todo esto así... ---Movi6 las manos en el aire, mostrando la freidora donde se cocían las patatas y los dos platos a medio preparar del pedido de los clientes que esperaban su comida.

El joven apartó del fuego el filete, que ya estaba listo, y lo dejó sobre el pan que esperaba paciente para formar la hamburguesa deseada, recibiendo un sonido de queja por parte de ella.

---Quita las patatas de allí o también se chamuscarán ---le indicó, señalando la freidora.

Ella hizo lo que le ordenaba, no porque quisiera obedecerlo, sino más bien porque peligraba en verdad el estado de la comida, y las sirvió en dos de los platos que tenía preparados: uno con la famosa hamburguesa y el otro con un bocadillo de tortilla de patata. Los colocó en una bandeja y salió de la cocina en busca de las personas que los habían pedido.

En cuanto pisó el bar, todos los que allí se encontraban callaron de improviso.

Los miró extrañada sin saber muy bien lo que ocurría, pero sin ganas de indagar en el asunto, y regresó al lado de Miguel. En ese momento sabía que el tema que se traían los dos entre manos era mucho más complicado, y era consciente de que le provocaría más de un dolor de cabeza.

Él la esperaba sentado encima de uno de los muebles, con una sonrisa de oreja a oreja, que la irritó en cierta manera por no saber muy bien lo que escondía o lo que pretendía.

---No tengo ni ganas ni tiempo para juegos... ---le espetó en cuanto apareció por el hueco de la puerta.

Miguel saltó al suelo y escondió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

---Por eso mismo nos vamos...

Sarah puso los ojos en blanco y comenzó a limpiar la plancha que había utilizado para cocinar.

No quería que la grasa se pegara y luego le costara un triunfo quitarla.

---Tengo cosas que hacer, por lo que, si no te importa... ---Pasó por su lado y lo empujó levemente para que se moviera.

---Sarah, venga. Nos están esperando...

La joven elevó una de sus cejas, confusa.

---¿Quién nos espera?

---Martín y Elsa...

---¿Martín, tu compañero de piso? ---preguntó dudosa, recibiendo un movimiento afirmativo de cabeza por su parte---. ¿Y Elsa? No conozco a ninguna Elsa...

Miguel sonrió con suficiencia.

---Sí, claro que sabes quién es ---la rebatió---. La chica que vino el otro día...

---¿La morena que te buscaba?

Él asintió.

---La misma, aunque no me buscaba a mí, pero esa es otra historia.

Lo observó entre confusa e intrigada. En un primer momento, la chica que apareció como si nada por el bar le había caído bien. Estaba bastante perdida y se le notaba a la legua que no encajaba

por allí. Apenas cruzaron un par de palabras le cayó simpática, hasta que llegó Miguel y sintió cierto desasosiego al ver la camaradería con que se trataban.

---¿Y por qué nos esperan?

Él suspiró cansado de repetirse.

---Porque nos vamos...

Sarah tiró el trapo encima del mueble y lo miró molesta.

---Primero, yo no me voy a ningún sitio, pero... ---Levantó su dedo índice cuando vio que Miguel quería añadir algo, acallándolo---. Si eso fuera así, podrías explicarte mejor, ¿no crees?

Llegas aquí como un neandertal, dando órdenes, y ni siquiera te molestas en añadir algo más al «nos vamos». ---Movié los dedos índice y corazón de las manos al mismo tiempo, moviendo la boca imitándolo.

Miguel no pudo más que carcajearse al verla. Se colocó el gorro de nuevo y asintió.

---Está bien. Tienes razón. Perdona.

Ella movió la cabeza conforme y se sentó encima de la tapa del cubo de basura.

---Ahora... Prueba otra vez.

Él sonrió e hizo lo que le pedía.

---He hablado con Boris y te vas de vacaciones...

Sarah se incorporó de golpe al escucharlo.

---¿Perdona?! Creo que no te he oído bien... ---Posó su mano en el cabello, apartándose todos los rizos que le caían por la cara, para comprobar si mirándolo frente a frente llegaba a entenderlo mejor.

---Nos vamos de vacaciones... ---repetió divertido---. Boris dice que llevas mucho tiempo sin cogerlas... Bueno ---rectificó---, de hecho, me ha comentado que desde que llevas aquí trabajando, nunca te has tomado ni un día libre...

---Por lo que tú y Boris habéis decidido que ya es hora de que me coja unos días, ¿no?

Miguel asintió, sin darse cuenta del tono que había usado ella para hablar.

---Así es.

---Ajá. ---Se acercó hasta él y movió su dedo índice para que acercara su cara a la de ella. Le sacaba algunos centímetros de altura, por lo que quería tenerlo bien cerquita para decirle lo que pensaba---. ¿Y si yo no quiero ir? ¿Has pensado en eso? ---Atrapó su oreja y la pellizcó con fuerza.

Miguel gritó y se apartó de su lado en cuanto se vio libre del agarre.

---Eres una salvaje... ---la acusó, pasando su mano por la zona dañada.

Sarah sonrió mostrándole sus blancos dientes e hizo un amago en el aire como si quisiera morderlo.

---Pues ya lo sabes para la próxima. ---Le guiñó un ojo---. Ten cuidado, que muerdo.

Miguel negó con la cabeza y sonrió. Se le acercó con lentitud, provocando que ella retrocediera hasta chocar contra el frigorífico.

---¿Y quién te ha dicho que no me gusten los mordiscos? ---preguntó con voz sensual.

Lo miró a los ojos verdes, donde apareció una pizca divertida, y sintió como un maremágnum de nervios se amontonaban en su estómago. Apoyó las manos en sus hombros, lo empujó, obligándolo a moverse, y huyó de él. Era muy consciente de que, si el joven no hubiera querido moverse, no lo habría conseguido.

Miguel apoyó su cabeza en la lisa superficie de la nevera por unos segundos, para a continuación observarla de nuevo.

---¿Todavía estáis aquí? ---interrogó un hombre muy alto que ocupaba a lo ancho todo el espacio

donde debía estar la puerta de la cocina.

---Díselo a ella... ---indicó Miguel.

---Boris, ¿por qué debo irme? ---le preguntó ella.

El dueño del establecimiento observó al chico que estaba detrás de su empleada y que en ese momento se encogía de hombros. Miró de nuevo a Sarah y le revolvió el cabello con cariño.

---Porque tienes que cogerte vacaciones ---respondió sin más, y la movió, sacándola de la cocina.

---Pero yo no necesito descansar...

---Pero yo necesito que te tomes unos días ---contestó---. No quiero que en una inspección de trabajo vean que no has librado nunca y piensen que te exploto.

---Pero eso no es verdad...

Boris se agachó y abrió uno de los armarios para sacar una bolsa grande de cacahuets de su interior.

---Eso lo sabemos tú y yo, pero a ellos les dará igual. Además, a todos nos viene bien tomarnos unos días de descanso.

Sarah se cruzó de brazos enfurruñada.

---Yo no los necesito...

---Sarah, te vendrán bien ---señaló Miguel, recibiendo una mirada que podría muy bien matarlo.

---Tú, cállate ---le ordenó sin contemplaciones.

Boris sonrió, divertido por la actitud de los dos chicos, y posó las manos sobre los brazos de la joven. Buscó su mirada azul y le comentó:

---Cariño, te vas a ir estos días de Navidad y vas a descansar del trabajo. Lo necesitas.

Además, si viene el energúmeno ese que te busca, no te encontrará y terminará desistiendo. ---La joven tembló ante la mención de Aitor.

Dejó caer sus brazos rendida y suspiró.

---Está bien, pero acabaré en casa, encerrada y aburrida...

---De eso nada ---la interrumpió Miguel---. Te vienes conmigo.

Ella arqueó una de sus cejas al escucharlo.

---Ya te he dicho que...

Boris le revolvió el cabello y la cortó:

---Te vas con Miguel y no se hable más.

---Pero, Boris...

Negó con la cabeza y la agarró de la barbilla con cariño, obligándola a mirarlo a los ojos.

---Estaré más tranquilo si estás con Miguel que sola.

Sarah bufó poco convencida, pero al final cedió: ---Está bien.

El dueño del local movió la cabeza de manera afirmativa y tomó la bolsa de cacahuets. Salió de la cocina con intención de rellenar los cuencos que tenían repartidos por el bar para los clientes.

Los dos chicos se miraron.

Sarah con cara de pocos amigos.

Miguel con una sonrisa divertida en su rostro.

---No le veo la gracia ---espetó ella.

---Yo sí. ---Le guiñó un ojo.

Capítulo 2

---Es un piso bonito ---comentó Miguel desde la entrada.

Habían llegado en el Suzuki Jimny Suv del joven en silencio hasta el edificio de apartamentos

donde la camarera vivía. Sarah se tiró todo el camino con los ojos fijos en el nevado paisaje, mientras Miguel intentaba sacar algún tema de conversación que rompiera el tenso ambiente del interior del vehículo, pero no lo logró.

En cuanto aparcó el coche, ella abrió la puerta sin esperar ni un segundo y ascendió las escaleras exteriores que llevaban hasta el segundo piso.

Él no tardó en alcanzarla, justo cuando Sarah localizaba sus llaves dentro de su gran bolso, recibiendo una mirada asesina en cuanto estuvo a su lado.

---Tú te quedas aquí ---le ordenó dejando la puerta abierta, para dirigirse con rapidez hasta la habitación que había enfrente de esta y que supuso que se trataba de su dormitorio.

El joven sonrió divertido ante su actitud, pero no hizo intención de contradecirla a pesar del frío que hacía en la calle. Se apoyó en el quicio de la puerta y observó desde la distancia el pequeño apartamento donde vivía. Una única habitación sin recibidor constituía lo que él supuso que era el comedor, con la cocina en uno de los laterales, separada por una barra americana. Un diseño muy similar al piso donde vivía él con Martín, por lo que dedujo que el arquitecto de su apartamento debía de ser el mismo que el de Sarah.

La única diferencia que encontraba con respecto a su casa era que, en este apartamento, en vez de dos dormitorios, solo había uno. Un cuarto con las paredes verdiazules, por lo que pudo apreciar desde su posición, con una cama que sobresalía por el vano de la puerta donde estaba la bolsa en la que su dueña iba metiendo la ropa que iba a necesitar para el viaje.

---¿No piensas hablarme? ---preguntó divertido.

Un gruñido proveniente de la habitación fue la única respuesta que obtuvo.

Se quitó el gorro, lo guardó en el bolsillo trasero de su vaquero y se llevó las manos hasta la boca para intentar calentarlas con su aliento. Se estaba quedando helado esperando allí.

---¿Crees que podrías darme un vaso de agua?

Sarah apareció por la puerta de su habitación, tiró la bolsa al suelo y se acercó a la cocina.

Miguel, sin esperar una invitación, se adentró en el apartamento, cerrando la puerta tras él.

En cuanto la dueña del piso escuchó el ruido de la puerta, se volvió para enfrentarlo con mala cara.

---Tu agua. ---Posó el vaso con demasiada fuerza sobre la barra americana, derramando un poco del líquido sobre la encimera que imitaba un tablero de ajedrez, con un mosaico en blanco y negro.

---Gracias ---dijo sin más y bebió con suma tranquilidad sin apartar sus ojos de la mirada azul --. Lo de ser una buena anfitriona no te lo enseñaron en la escuela, ¿verdad?

Sarah tensó la mandíbula y se mordió la lengua para evitar decirle algo de lo que luego podría arrepentirse.

---En la escuela me enseñaron matemáticas y literatura. Pero pronto aprendí que lo de los buenos modales es para quienes lo merecen.

Él apoyó sus manos en la barra americana, la única barrera que los separaba, y la miró a la cara.

---¿Y yo no lo merezco? Que yo sepa, te voy a llevar de vacaciones... ---dijo con retintín.

Ella bufó con fuerza.

---Porque me habéis obligado...

---¿Obligado? ---preguntó molesto---. Nadie te obliga a cogerte unos días...

La risa femenina los envolvió.

---De verdad, no sé si me estás tomando el pelo o tienes un serio problema.

Miguel se quitó el abrigo de borrego que llevaba, y que le protegía del frío exterior, y se sentó en un taburete.

---Vamos a dejar las cosas claras... ---Ella movió la cabeza animándolo a que hablara al mismo tiempo que apoyaba sus caderas en la encimera---. Boris se preocupa por ti... ---titubeó---, yo me preocupo por ti, y los dos hemos pensado que te vendría bien irte de aquí unos días. ---Ella asintió; era lo mismo que le habían dicho en el bar---. Ninguno de los dos estaríamos tranquilos si no estuviéramos cerca de ti, sin saber dónde estarías o con quién. ---Su mirada verde estaba fija en la azul, sin esconder nada---. Le conté a tu jefe que tenía planeado pasar estas fiestas fuera de aquí y pensamos que sería una buena opción. Estaría bien que te vinieras conmigo...

---¿Y por qué no puedo quedarme con Boris?

Miguel se pasó la mano por su cabello y suspiró.

---Porque debes salir de aquí... Ese tal Aitor sabe dónde trabajas y no tardará en descubrir dónde vives. ---Movió los brazos abarcando lo que los rodeaba, al mismo tiempo que ella sentía un escalofrío recorrerla de arriba abajo solo de pensar en que fuera cierto su presagio---. Si... --- Se calló de repente, agachó la vista y se levantó del taburete, dándole la espalda---. Si soy yo el problema... ---Dudó y se volvió hacia ella, buscando su mirada---. Puedes irte con Martín y Elsa.

Yo me quedaré en casa...

Ella lo miró sorprendida por su ofrecimiento. Era capaz de modificar sus planes por ella.

---No, no... ---lo cortó y sorteó la barra americana, acercándose un poco más a él---. No quiero que cambies la idea que tenías por mí. ---Atrapó uno de sus rizos y comenzó a enrollarlo entre sus dedos, con la mirada baja, como si tuviera miedo de enfrentarlo---. No deseo ser un estorbo...

---Sarah, es lo que no entiendes. ---Subió su tono de voz atrayéndola de nuevo---. Esto lo hago... lo hacemos por ti, porque nos preocupamos.

La joven asintió con lentitud.

---Y yo solo te lo estoy complicando...

Miguel acortó la distancia que los separaba y atrapó su barbilla con delicadeza, para ver sus ojos.

---Tengo que confesar que no todo el mundo reacciona como tú cuando se le dice que se va de vacaciones.

Sarah observó su sonrisa amistosa y lo golpeó en el hombro.

---No seas tonto...

Miguel se rio y se alejó de su lado.

---Te ofrezco un viaje a un idílico pueblo, alojamiento en un hostel pequeño y comidas familiares entre amigos ---enumeró apoyándose en el respaldo del sillón verde que ocupaba la mayor parte de la habitación.

---¿Habrás villancicos?

El joven se rascó la barbilla como si necesitara pensarse la respuesta.

---Creo que sí, y si no, siempre podemos ponernos alguno en el Spotify. ---Le guiñó un ojo.

Sarah le sonrió.

---¿Me lo prometes?

Miguel asintió sin dudar.

---Tendrás todo lo que necesites para estar a gusto, pequeña.

---¿Seguro que no molestaré?

Él se acercó hasta ella y le apartó los dedos del rizo castaño que estaba martirizando. Acarició con delicadeza el mechón sin apartar sus ojos de los de ella y dejó que sus dedos rozaran su tersa piel.

---Nunca molestarás, Sarah.

Los dos se observaron expectantes tras esas palabras, sumidos cada uno en la mirada del otro,

dejando que sus respiraciones se entrelazaran, cuando de pronto Miguel dejó caer la mano a lo largo de su cuerpo y se separó de ella.

---Ahora, ¿necesitas recoger alguna cosa más? ---le preguntó atrapando la bolsa de viaje que había dejado en el suelo.

La joven se pasó la mano por sus ojos como si necesitara regresar de un lugar muy lejano y negó con la cabeza.

---No, creo que lo tengo todo. ---Se acercó hasta un perchero que había al lado de la puerta de la entrada, atrapó un abrigo tres cuartos de color azul, con el cuello más oscuro, y se enrolló una gran bufanda blanca alrededor del cuello en varias vueltas---. Dispuesta para esas vacaciones.

Miguel le sonrió y asintió conforme al escucharla.

---Te garantizo que no te arrepentirás.

Sarah tomó aire con fuerza cuando el joven salió del apartamento, lamentándose de que fuera ella la que rompiera la promesa que Miguel le acababa de hacer.

Capítulo 3

---¿Me estáis diciendo que sois amigos de Tony el cantante? ---Sarah los interrogó una vez más sin dar crédito a lo que sus nuevos compañeros de viaje le habían contado.

Todo empezó tras salir de su apartamento. Habían ido con el Suzuki hasta el piso de Martín y Miguel, donde les esperaba el primero, junto a Elsa, para partir hacia su destino. Una vez que guardaron sus bultos como pudieron en el pequeño maletero y se acomodaron, no sin discutir previamente cómo sentarse, se pusieron en marcha. Sarah insistió bastante en que Elsa fuera al lado de Miguel, en el asiento del copiloto, creyendo que esos dos eran pareja; hasta que un beso por parte de Martín en la cabeza, una caricia tierna que evidenciaba que los dos eran más que amigos y que, por ende, ella no tenía ninguna relación con el dueño del vehículo como había pensado en un principio acabó con Miguel al volante y ella a su lado. Martín y Elsa se sentaron detrás, algo apretados, pero por los susurros y los gestos que compartieron no les molestaba demasiado.

Al principio se había sentido como una intrusa. No sabía lo que Miguel les había contado a sus amigos, la razón por la que ella estaba allí, por qué los acompañaba... No sabía muy bien el motivo, pero le daba miedo que este les hubiera contado lo ocurrido con Aitor, que supieran el temor que había sentido cuando apareció en el bar o cómo se había derrumbado entre sus brazos cuando se marchó. Pensamientos que aparecieron de pronto en su cabeza para esfumarse con la misma rapidez, cuando se dio cuenta por sí sola de que él jamás les contaría algo de su intimidad a personas que ni siquiera la conocían. Sabía que se preocupaba por ella, lo conocía, y por eso era consciente de lo importante que era para ella su intimidad.

Durante bastantes kilómetros apenas intervino en la conversación que mantenían los tres y permaneció con la vista fija en la nieve que se amontonaba a los lados de la carretera hasta que Elsa la animó a participar.

La morena le contó que trabajaba en una tienda con un nombre muy especial, Una Vez en Diciembre..., porque su jefa era muy fan de la película de dibujos *Anastasia*. Trabajaba allí gracias a Israel, el novio de su hermana Lucía, al que siempre se sentiría agradecida por su apoyo en los difíciles momentos que había pasado.

Sarah vio como Martín le daba un beso en la mejilla y la atraía hacia él cuando le falló un poco la voz al mencionar esos difíciles momentos, y sintió como el silencio se adueñaba del habitáculo del vehículo por unos segundos. Un silencio solo roto por la música que se escuchaba por la radio.

---¿Avisaste a Isra de lo del coche? ---preguntó de pronto Miguel, mirando a Elsa a través del espejo retrovisor, en un intento de recuperar el buen ambiente que los había acompañado hasta entonces.

Ella asintió sonriente sin dudarlo.

---Sí, pensé que se molestaría porque no fuera a casa con el Camaro, pero me regañó por solo pensar en esa idea. Dice que era una locura que, con este tiempo, me aventurara a ir hasta casa.

Sarah se giró en el asiento y la miró confusa al escucharla.

---¿Viniste hasta el bar en un Camaro? ¿Con la nieve?

La joven morena asintió y atrapó la mano de Martín con fuerza, compartiendo miradas cómplices.

---Pensé que los del tiempo se equivocarían cuando me lancé a la carretera... ---explicó de forma escueta---. Tenía cosas más importantes en la cabeza y no me paré a pensar.

---Menos mal que no pasó nada... ---musitó Martín con su cara muy cerca de la chica.

---Menos mal ---repitió ella a media voz.

Sarah se giró para mirar hacia adelante con rapidez, intentando ofrecerles algo de intimidad cuando los labios de la pareja se encontraron. Se notaba que estaban muy enamorados y no sabía cómo había sido capaz de pensar que Elsa sintiera algo por Miguel.

Miró al conductor, observando su perfil con detenimiento. El cabello castaño más largo de lo normal para un chico, que habitualmente llevaba escondido bajo un gorro, ahora le caía sobre los ojos, no muy lejos de su nariz perfilada; y tampoco pudo evitar fijarse en su boca, en la que siempre había una sonrisa.

El joven, sintiéndose observado, la miró de lado y le guiñó un ojo travieso. Observó a la pareja que llevaba detrás por el espejo retrovisor y soltó sin miramientos: ---Chicos, ¿no podéis comportaros ni un par de horas?

Elsa se separó con rapidez de Martín, como si acabara de darle un calambre, y sintió como sus mejillas ardían ante la sorpresa. Este le dio un nuevo beso en la mejilla e intercambió miradas con su amigo, prometiéndose que le haría pagar su intromisión.

---Tú estate atento a la carretera ---le ordenó de forma brusca, recibiendo un golpe por parte de Elsa en la pierna que lo hizo saltar---. ¡Eh! Que eso duele.

La joven pasó de inmediato su mano por la zona dañada y le reprendió: ---Compórtate, enanito gruñón.

La carcajada de Miguel, al escuchar cómo había llamado a su amigo, los sorprendió a todos, logrando, pasados unos segundos, contagiarnos.

El ambiente, si había estado en algún momento enrarecido entre ellos, acabó distendiéndose, animando a Sarah a conversar con ellos.

Se interesó por el lugar al que iban, ya que Miguel apenas le había dicho nada, y recibió una extensa descripción por parte de la otra chica que ocupaba el asiento de atrás.

---En realidad, Elsa es la única que lo conoce bien ---le explicó Miguel cuando notó que ninguno de los dos ofrecía detalles.

Sarah arrugó el ceño, confusa.

---Yo pensaba que es que alguno era de allí o tenía familiares...

Miguel sonrió y negó con cabeza.

---Ni uno...

---En realidad, la culpa de que vayamos y que yo haya conocido a Elsa... ---le dio un beso en la mano cuando la mencionó--- es de nuestro amigo Tony.

Sarah se giró levemente en el asiento y miró a Martín.

---¿Y habéis decidido pasar todos juntos las fiestas?

Martín asintió.

---Tiene un parón en la gira y vuelve a casa con Raquel.

---Como el turrón ---señaló Miguel divertido.

---Tengo ganas de verlos ---comentó Elsa---. Hace mucho que no coincidimos todos y seguro que serán unos días increíbles.

Martín movió la cabeza conforme con ella.

---Alejandro, su agente, lo explota ---comentó sin creerse sus propias palabras.

Miguel se rio al escucharlo.

---Por mucho que se queje cuando hablamos con él, está pasándolo de puta madre.

---Y más con Raquel al lado ---señaló Elsa recibiendo un movimiento afirmativo por parte de los chicos.

---Esperad un momento... ---soltó Sarah atrayendo las miradas del resto de los ocupantes del coche.

---¿Qué te pasa? ¿Necesitas que pare? ---preguntó Miguel alarmado.

Ella lo miró y negó con la cabeza.

---No, tranquilo. Estoy bien.

---¿Entonces? ---se interesó Elsa.

Sarah atrapó su cabello para soltarlo a continuación.

---No, es solo que creo que estoy entendiendo una cosa que... ---Dudó por unos segundos---. No puede ser.

Martín intercambió miradas con su amigo por el espejo.

---Inténtalo ---le comentó con una sonrisa.

Ella miró al chico moreno que iba sentado atrás.

---No, si es una tontería...

---Venga, pequeña ---la animó Miguel---. Si no te atreves, nunca descubrirás la verdad.

La joven los miró uno a uno, mientras la observaban como si supieran lo que les iba a decir, y fue entonces cuando se lanzó a la piscina al preguntar: ---¿Me estáis diciendo que sois amigos de Tony el cantante?

Miguel se rio ante la pregunta.

Martín le guiñó un ojo.

Elsa le sonrió y le aclaró:

---Ellos tres son íntimos. «Los tres mosqueteros»... ---Movié los dedos como si fueran unas comillas---. Yo lo conozco desde hace poco.

Sarah pasó su mirada de Miguel a Martín, y de Martín a Miguel.

---¿Y tú cuándo pensabas decírmelo?

El conductor se encogió de hombros y sin mirarla indicó: ---¿Para qué?

---¿Cómo que para qué?! Ya sabes que me gustan mucho sus canciones...

Miguel se encogió de nuevo de hombros.

---Sí, pero no quería conquistarte por ser su amigo.

Elsa y Martín se miraron sin dar crédito a lo que acababan de escuchar.

Sarah observó a Miguel, que ni siquiera le había dirigido la mirada una sola vez, sin saber muy bien qué decir ante su confesión. Se movió en el asiento, fijó la vista en la carretera y, pasado un tiempo prudencial, soltó:

---Quizás lo habrías tenido más fácil.

El silencio se asentó en el vehículo.

Capítulo 4

Tomaron un camino de arena en cuanto cruzaron el pueblo hasta que una casa de madera marrón apareció ante ellos. Constaba de dos plantas y un porche donde un columpio se balanceaba movido por el viento.

La puerta de la entrada se abrió de golpe en cuanto aparcaron delante de ella, y de su interior salió una jovencita con el cabello castaño.

---¡Ey, niña! ---la llamó Miguel nada más salir del coche---. ¿Qué tal te fue tu viaje a Italia?

La chica descendió los dos escalones que separaban la casa del jardín y lo abrazó, recibiendo un beso de él en la cabeza.

---Ya no sé ni lo que hice en Italia ---se quejó, arrancándole una carcajada.

---Pues eso es porque no lo disfrutaste al máximo ---comentó Martín saliendo del Suzuki.

La joven puso los ojos en blanco y lo golpeó en el estómago.

---Si llego a disfrutar más, mi padre hubiera tenido que sacarme de allí a rastras.

---Hola, Dulce ---Elsa saludó a la hermana de Raquel, que no dudó en acercarse a ella para darle dos besos de bienvenida.

---Oye, tú tienes mucho que contarme, ¿no?

Elsa miró a Martín sintiendo como sus mejillas enrojecían y devolvió la atención a la pequeña.

---Mejor que nos cuentes tú, que seguro que tus aventuras por tierras italianas serán más interesantes que las locuras de unos viejos.

Dulce se carcajeó y pasó su brazo por el de ella.

---Si con veinticinco años te consideras una vieja, no sé lo que pasará cuando llegues a los treinta.

Martín se acercó a las dos chicas y pasó un brazo por los hombros de su novia, no sin antes despeinar a la más pequeña de las dos.

---No me la agobies, que ya sabes la importancia que le da a la edad...

Dulce le sacó la lengua y miró a Sarah, que no había hablado en ningún momento desde que ella había aparecido.

---¿Y tú quién eres?

Sarah parpadeó algo cohibida por la pregunta.

---Yo...

---Una amiga ---respondió con rapidez Miguel.

Dulce observó al joven y luego a ella, para mirarlo de nuevo a él.

---¿Y tu amiga tiene nombre?

---Sarah... Me llamo Sarah ---indicó ella a media voz.

La chica asintió y, sin dudarle, atrapó su brazo y tiró de ella hacia la casa.

---Pues bienvenida, Sarah. Seguro que el resto de los chicos están deseando conocerte.

La joven de pelo rizado miró hacia atrás, como si buscara ayuda, pero solo recibió un guiño cómplice por parte de Miguel y una sonrisa de Elsa que la animaba a que se tranquilizara.

*

En cuanto traspasaron la puerta de la vivienda, fue una locura. Un montón de saludos y nombres se repitieron, sin que Sarah llegara a retener ninguno de ellos.

Dulce actuó de anfitriona presentándole a todos los allí reunidos, una pandilla de chicos que tendrían más o menos su edad y que estaban sentados a la mesa, esperándolos para comenzar con la comida. Dos adultos presidían la mesa: el padre de Raquel, dueño de la casa y responsable del menú, que alimentaba con tan solo olerlo, y su hermano.

Se acomodó al lado de Elsa, quien se sentó cerca de Lucía, su hermana, y de Martín, y enfrente de Tony, su cantante favorito. Nunca se había considerado una de esas chicas que se comportan de manera diferente cuando tienen a uno de sus ídolos delante de ella, pero fue posar sus ojos en el músico y fue como si el gato le acabara de comer la lengua.

Apenas habló durante la comida, aunque por suerte sí comió. La lasaña casera estaba deliciosa y el postre, a base de turrónes y polvorones... Llevaba mucho tiempo sin disfrutar de los dulces típicos de esa época.

Miguel en más de una ocasión la miró entre divertido y preocupado. No sabía muy bien las razones de ese último sentimiento, pero cuando sus miradas coincidían, él siempre tenía una sonrisa para ella, de esas que parecían poder aliviar cualquier dolor.

---Entonces, Sarah, ¿tú tienes novio? ---le preguntó un joven con gafas de pasta negra, que si no recordaba mal se llamaba Jaime.

Lo observó sin saber muy bien qué decirle.

---Esto... No, creo que no...

Dulce se rio ante su respuesta.

---Jaime, no nos asustes a la recién llegada.

Raquel, la novia de Tony, atrapó una de sus manos atrayendo su atención.

---No le hagas caso a Jaime...

---Nuestro amigo opina que va a terminar quedándose soltero y sin compromiso porque todos hemos conseguido pareja ---le explicó Mónica, la prima de Raquel.

---Bueno, estadísticamente eso puede suceder ---añadió Lucas, el médico del grupo y novio de Mónica.

Israel, el hermano de Mónica y novio de Lucía, se carcajeó.

---No me asustéis al chico... Seguro que pronto aparece y nos presenta a su novia.

---¿Quién nos va a presentar a su novia? ---preguntó Danielle, una chica francesa rubia con unos enormes tirabuzones que regresaba del servicio. Por lo que había podido averiguar, de retazos de las conversaciones que le habían llegado, la joven había llegado de Londres con Raquel y Tony, y se alojaba allí, junto a sus amigos. No tenía pareja, por lo que dedujo, pero su estado era la prueba de que había mucho más de lo que a primera vista parecía. Su embarazo era el que la obligaba a levantarse demasiadas veces de la mesa, y terminaba haciendo alguna broma como que acabaría teniendo el bebé que esperaba sentada en el váter.

---Jaime ---aclaró Dulce, al mismo tiempo que observaba como esos dos, Jaime y Danielle, se rehuían la mirada---. Además, Jaime, deja a Sarah tranquila. No queremos que se asuste y acabe huyendo lejos de Miguel. ---Le guiñó un ojo al mencionado y se levantó de la mesa para dirigirse a la cocina.

Sarah miró a Miguel y a su vez él a ella, encogiéndose de hombros como si intentara quitar importancia a las palabras de su amiga.

---¿Y dónde os vais a alojar estos días? ---los interrogó Lucía.

---Pensaba que, si no te importa, Martín podría quedarse en casa con nosotras ---respondió Elsa. Su hermana le guiñó un ojo.

---Eso lo daba por hecho, hermanita, pero me refería a Miguel y a Sarah.

---En esta casa ya sabéis que hay camas... ---señaló Raquel.

---Ya he avisado en el hostal ---comentó Miguel sin apartar la mirada de la camarera.

---Pero podéis quedaros aquí, si...

Tony puso una mano sobre la de su novia, atrayendo su atención para que no continuara insistiendo. Movié la cabeza hacia su amigo y luego hacia la otra chica, dándole a entender que

mejor los dejara. Ella suspiró y asintió conforme con él, sin añadir nada más.

---Miguel me ha comentado que te gusta mi música ---señaló el cantante, acaparando la atención de Sarah.

Esta asintió de inmediato.

---Sí... Un poco...

---¿Solo un poco? Yo diría que un mucho ---aclaró Miguel---. Tiene casi siempre tus canciones puestas en el bar...

Tony sonrió al escucharlo y la miró.

---Eso significa que tus clientes puede que me aborrezcan...

Sarah sintió como sus mejillas enrojecían.

---Bueno, ya saben lo que tienen que hacer si no quieren escucharte...

---¿El qué? ---se interesó Mónica.

---No entrar en el bar ---explicó Sarah sin más, provocando risas en la mesa.

---Chica, eres de las mías ---señaló Lucía, guiñándole un ojo---. Creo que me vas a caer muy bien.

---Es muy simpática y agradable ---explicó Elsa, sorprendiéndola.

Su hermana asintió y se levantó de la silla, no sin antes añadir: ---Bienvenida al grupo.

El resto de los allí reunidos levantaron sus copas, vasos o tazas, cualquier recipiente que tuviera algo de líquido, y brindaron en el aire, repitiendo las palabras de la joven: ---¡Bienvenida al grupo!

Sarah miró a Miguel, quien movió su botellín de cerveza hacia ella y le guiñó un ojo.

---Bienvenida al grupo, pequeña.

Capítulo 5

Pasada la medianoche, Sarah y Miguel llegaron al hostel donde se iban a alojar. El día había sido una locura.

Después de la comida, Tony insistió en cantarle a Sarah un par de canciones en cuanto se enteró de que no había ido a ninguno de sus conciertos, y el resto de los reunidos en la casa de Raquel decidieron alargar la jornada, aprovechando que llevaban mucho tiempo sin estar todos juntos.

Dejaron a Elsa y a Martín delante de la tienda de antigüedades donde trabajaba ella para que pudieran subir hasta su apartamento, donde pasarían la noche, y ellos se dirigieron al hostel en el Suzuki, en silencio.

Miguel llevaba la bolsa de viaje de ella, además de la suya, cuando llegaron a la recepción, donde los atendió un hombre mayor.

---¿En qué puedo ayudarlos?

El joven se identificó de inmediato, informándole de que había reservado hacía un par de días dos habitaciones a su nombre.

---Estamos cansados, por lo que, si puede decirnos adónde debemos dirigirnos, se lo agradeceríamos.

El empleado buscó en el libro de registro que tenía delante de él, pasando las páginas una y otra vez, como si buscara algo que no hallaba.

---Perdone, ¿me ha dicho dos habitaciones?

Miguel se quitó el gorro y se apoyó en el mostrador.

---Sí, ¿sucede algo?

---Es que solo me aparece una...

---¡¿Qué?! ---exclamó Sarah subiendo el tono de su voz y provocando que se la escuchara por

toda la recepción con claridad.

---Eso no puede ser así ---comentó Miguel con calma---. Por favor, ¿puede mirar en la base de datos del ordenador? ---Señaló el monitor que descansaba cerca del recepcionista.

---Ese aparato es más un adorno que algo útil. Lleva siglos apagado ---explicó volviendo a mirar en las páginas que conformaban el libro donde debían aparecer las reservas del hostel---

Aquí solo aparece una habitación y es muy tarde para avisar a mi jefa para que busque una solución..

---¿No hay más habitaciones libres? ---lo interrogó Sarah preocupada.

El hombre negó.

---Que yo sepa, no, pero como le digo, mañana podrá hablar con mi jefa y ver si la puede ayudar de alguna manera.

---Está bien ---indicó Miguel, rendido---. Deme la llave.

El recepcionista apuntó los DNI de la pareja y los informó del número de la habitación tras darles la llave.

Los dos chicos ascendieron las escaleras que llevaban hasta la segunda planta, mientras Sarah rumiaba por lo bajo lo que pensaba de la situación y Miguel, cansado, solo pensaba en llegar hasta la cama.

Un pasillo con papel de flores en las paredes y un mueble antiguo de madera con varios cajones pegado a una de ellas, sobre el cual reposaba un jarrón con un ramo de flores algo mustias de todo el día, los condujo hasta la habitación donde debían alojarse. En la puerta figuraba el número tres en latón dorado y la cerradura, donde debía encajar la llave que les había dado el recepcionista, estaba algo oxidada, por lo que a Miguel le costó abrirla. Con algo de esfuerzo y un par de empujones, consiguió adentrarse en la habitación, seguido de la joven, y se tiró sin mucho cuidado sobre la cama tras deshacerse del abrigo que llevaba.

Sarah lo miró enfadada.

---¿Se puede saber qué haces?

Él se incorporó, se quitó las botas militares que llevaba y se deshizo del jersey para echarlo encima de un pequeño sofá que había en la habitación.

---Estoy agotado y quiero dormir...

---¿Así, sin más?

Miguel se levantó y comenzó a desabrocharse el cinturón que sujetaba sus vaqueros.

---Primero voy a desnudarme ---respondió como si fuera lo más normal del mundo.

Sarah giró sobre sus pies, dándole la espalda.

---Tendremos que decidir cómo vamos a dormir...

---Pues en la cama ---indicó él como si tal cosa.

La joven escuchó como los muelles del colchón sonaban ante el peso de su acompañante y se volvió con cuidado, por si se lo encontraba desnudo. No fue así. Miguel ya estaba dentro de la cama, tapado con la colcha hasta el estómago, sin ningún pijama ni camiseta que escondiera su desnudez.

---¿No te vas a poner nada de ropa para dormir?

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza.

---Duermo desnudo, pero...

---Si vamos a compartir cama, no puedes...

---Pero hoy haré una excepción y me acostaré con los calzoncillos ---la interrumpió.

Ella lo observó sorprendida.

---No puedes estar hablando en serio. Vamos a compartir cama y...

---Sarah, estoy muy cansado del viaje, de todo el día... ---le explicó y se acomodó en la cama, golpeando un poco la almohada y buscando una mejor posición---. Necesito dormir, por lo que, si no te importa...

Ella emitió un sonido poco femenino, atrapó su bolsa de viaje y se marchó al servicio para darse una ducha y poder ponerse el pijama sin que su compañero la viera.

---Si vas a tardar mucho, apaga la luz, por favor ---le pidió reteniendo la risa que comenzaba a nacer en su interior.

Sarah se volvió de malos modos e hizo lo que le solicitaba, para desaparecer a continuación en el cuarto de baño.

El sonido del agua de la ducha se escuchó de inmediato en el dormitorio. Miguel miró el techo del cuarto y sonrió en la oscuridad.

*

La luz de la mañana se coló por las cortinas del gran ventanal de la habitación. Sarah se movió, buscando que la claridad no la despertara, cuando sintió un cuerpo cerca de ella. Acababa de recordar que no estaba sola en la cama.

La noche anterior, cuando salió del cuarto de baño nada más ducharse, comprobó, para su sorpresa, que Miguel ya dormía. Durante el tiempo que había pasado bajo el chorro de agua no paró de imaginar miles de posibilidades en las que terminaba en sus brazos, saboreando sus labios, pero todas se fueron al traste en cuanto escuchó los ronquidos masculinos.

A pesar de su enfado, de no querer compartir habitación con Miguel, ni cama, su imaginación la había traicionado y se había visto en varias situaciones en las que siempre acababa de igual manera: besando a Miguel. No sabía bien las razones que la llevaban a pensar en ello, cuando ni siquiera se sentía atraída por él, o eso pensaba, pero al final tuvo que abrir el agua fría para poder despejarse y ser capaz de enfrentarse a él. Pero su sorpresa fue que, en vez de esperarla despierto, cuando Sarah salió del baño, Miguel ya dormía sin preocupaciones... A diferencia de las que la atormentaban a ella.

La desilusión se apoderó de ella, junto al enfado que no se había evaporado todavía desde que el recepcionista les informó de que solo se había reservado una habitación.

¿Y si todo lo había planeado Miguel? ¿Y si su plan era tenerla en esa habitación para él solo?

---Claro, y por eso duerme ahora a pierna suelta, que si hubiera un terremoto ni se enteraría ---se respondió a sí misma mientras se metía en la cama a su lado, intentando no tocarlo.

Había sido un buen propósito. No quería tocarlo, no quería sentirlo... No quería que su calor la arropara y acabara sintiéndola querida, pero sus intenciones se quedaron en eso, en intenciones. En mitad de la noche sus cuerpos debieron de acercarse, como si tiraran el uno del otro, hasta que sus brazos se enlazaron y sus piernas se enrollaron.

En ese momento la cabeza de Sarah reposaba sobre el firme pecho de él, y sentía como su mano se enredaba entre sus rizos.

---¿Has descansado? ---le preguntó Miguel con voz grave, prueba de que no llevaba mucho tiempo despierto.

Ella asintió y se alejó de él, de su calor...

---¿Y tú?

---No me enteré de nada ---respondió sin apartar la mirada de su espalda.

---No hace falta que lo jures. ---Se pasó la mano por el pelo, intentando adecentarlo, a sabiendas de que era una tarea imposible sin la ayuda de agua, y se levantó con intención de huir al cuarto de baño, tratando de que no la viera recién levantada.

---Sarah, ¿qué te pasa?

Ella se agachó y buscó su neceser en la bolsa de viaje.

---Nada. Estoy bien.

Miguel se acercó hasta los pies de la cama y le quitó la bolsa de aseo de las manos en cuanto la encontró.

---Entonces, ¿por qué no me miras?

Ella lo enfrentó, cruzándose de brazos y arrugando la tela de la camisa de su pijama.

---Te estoy mirando.

---Ahora, pero hace unos momentos me rehuías.

---No sé de qué hablas...

Miguel tiró de ella, obligándola a sentarse en la cama a su lado, y le apartó el cabello de la cara, acariciándole la mejilla por el camino.

---Estás preciosa.

Sarah lo miró divertida.

---Creo que necesitas gafas, porque estoy horrible.

Él le colocó unos rizos detrás de las orejas y negó.

---Preciosa y perfecta.

La mirada azul se centró en la verde, y sintió como su corazón comenzaba a latir a un ritmo desconocido para ella.

---Tengo que ir al servicio ---lo informó, pero no hizo intención de moverse.

Miguel le sonrió y esperó, pero al ver que no se marchaba, comentó: ---Si no vas, me cuelo...

Sarah parpadeó con rapidez, como si acabara de regresar de un lugar lejano, y le quitó el neceser que le ofrecía.

---Ni en tus mejores sueños te dejaría pasar antes por las mañanas. ---Se levantó y se dirigió al servicio, escuchando de fondo las risas de su compañero.

Capítulo 6

Estaban desayunando en el pequeño comedor del hostel, una habitación por la que había repartidas varias mesas pequeñas en los laterales y una grande rectangular en el centro. Era un bufé libre, donde abundaban los cereales de todas clases, la bollería industrial y las rebanadas de pan de varios tipos para que los huéspedes pudieran prepararse la comida a su gusto.

Se habían sentado en una de las mesas de la esquina, y ambos habían optado por café con leche, zumo de naranja y dos rebanadas de pan con queso y mermelada. Apenas habían intercambiado un par de frases desde que dejaron la habitación, centrados solo en suministrar a sus cuerpos la cafeína que necesitaban para comenzar el día.

---Mientras acabas, me voy a acercar a recepción para ver si puedo hablar con la dueña ---la informó Miguel.

---¿No quieres que vaya contigo?

Él llevó uno de sus rizos hasta detrás de la oreja, en un movimiento mecánico con el que ya comenzaba a sentirse cómoda, y negó con la cabeza.

---Tú termina, que no tardo ---insistió y se alejó de ella.

Sarah cogió entre sus manos el tazón de café con leche que se había puesto y dejó su vista anclada en una de las ilustraciones que adornaban las paredes de ladrillo visto del comedor. Era una copia de uno de los cuadros de William Turner, *Tormenta de nieve*, donde se puede distinguir un foco de luz bien definido que al mismo tiempo enturbia el resto de los objetos que componen la pintura. Así se encontraba ella, con un haz de luz que la enfocaba, pero también la confundía.

Dejó la taza sobre el plato sin haber catado el líquido y se restregó los ojos con una mano, como

si necesitara limpiar esas legañas matutinas que se niegan a abandonar la cara por las mañanas.

---Parece ser que no tienen más habitaciones ---anunció Miguel al regresar.

Ella lo miró sin comprender.

---¿Me estás diciendo que tenemos que compartir cuarto otra vez?

Él asintió y se dejó caer sin fuerzas en la silla que había ocupado apenas hacía unos minutos.

---Me ha pedido disculpas por la confusión, al pedirle dos habitaciones y solo reservar una, pero dice que está todo el hostel completo y no pueden hacer nada.

---Si fue una confusión...

Miguel la miró en cuanto ella dijo esas palabras.

---¿Qué insinúas? ---Ella negó con la cabeza y se levantó de la silla en dirección a las escaleras ---. Sarah, ¿qué has querido decir con eso? ---insistió, yendo tras ella.

---Nada, solo que puede que tú lo hayas preparado todo. ---Se apoyó en la pared cerca de la puerta de su habitación y esperó a que la abriera.

Él la miró arrugando el entrecejo, sacó las llaves y empujó con fuerza la puerta hasta lograr su objetivo. En cuanto estuvieron los dos dentro, la interrogó: ---¿Crees que yo he preparado esto? ¿Que quiero estar aquí, contigo?

Sarah se encogió de hombros y se dejó caer en el sillón.

---Es una posibilidad.

---Es una posibilidad... ---repetió---. ¿Y se puede saber qué pretendo con ello? Porque me cuesta seguirte...

La joven lo miró con timidez.

---Que acabe rendida en tus brazos. ---Sintió como sus mejillas se tiznaban de rojo en cuanto lo dijo en voz alta.

---Aaah... ---Se dejó caer sobre la cama---. ¿Crees que quiero conquistarte?

---Eso es lo que dijiste en el coche...

Miguel bufó y se apartó el cabello de la cara.

---También di a entender que no me gusta jugar sucio.

Sarah lo observó y no pudo más que mover la cabeza de manera afirmativa. Si quisiera, podría haber usado la baza de su amigo Tony desde el primer momento.

---Tienes razón, perdona. No sé por qué he pensado eso... ---Se levantó del sillón con intención de salir de la habitación, pero Miguel atrapó su mano deteniéndola.

---¿Adónde vas?

Ella negó con la cabeza.

---No sé... Fuera... A que me dé el aire y se me quite la tontería. ---Se encogió de hombros y le regaló una triste sonrisa.

---Anda, siéntate y hablemos. ---Se apartó a un lado de la cama y tiró de ella para que se acomodara cerca de él.

Ella hizo lo que le pedía y el silencio los envolvió.

Sarah atrapó sus manos y las coló entre sus piernas, como si no supiera muy bien qué hacer con ellas.

Miguel, que siguió sus movimientos, acabó atrapando una de ellas y enredó sus dedos.

---No es un secreto que me gustas, Sarah ---comenzó, recibiendo un movimiento afirmativo por su parte---. Te lo he dicho de mil maneras, pero tú siempre me has tomado a broma...

---Tienes un ligue en cada bar ---señaló ella intentando impregnar en sus palabras un toque divertido.

Él le apartó el cabello de la cara y le acarició la mejilla, obligándola a retener su respiración

ante el contacto.

---Eso no es exactamente así...

---¡Ja! ---lo cortó, tratando de soltarse de él, pero Miguel se lo impidió.

---Y si lo fuera, ya no es así ---anunció, atrapando toda su atención---. Desde que me fijé en ti, en tu mirada de ojos celestes y en tu sonrisa, no ha habido nadie más, Sarah.

---No sabes lo que dices. Yo solo soy tu nuevo capricho...

Posó la mano en su cara y la obligó a mirarlo.

---Nunca he hablado más en serio, pequeña.

Sarah tragó como pudo, sintiendo de pronto la garganta muy seca.

---Pero si eres un crío ---lo soltó y se alejó de él, sin que este pudiera retenerla.

---Un crío que tiene tu misma edad ---la contradijo mientras observaba su rígida espalda.

La joven que estaba cerca del ventanal, desde el que se veía la calle donde habían aparcado el Suzuki la pasada noche, negó con la cabeza.

---Estás confundido ---susurró en voz baja, pero lo suficiente para que él la escuchara.

Se acercó a ella y posó las manos sobre sus hombros.

---Nunca he estado tan seguro de lo que quiero como cuando me mandaste al cuerno por pedirte que te casaras conmigo. Esa fue la primera vez que sentí que tus desplantes me dolían y que debía conseguir que me vieras con ojos diferentes.

Sarah se volvió hacia él y buscó su verde mirada.

---Pero yo no siento lo mismo...

Le acarició la cara con cariño y le sonrió.

---Otra cosa, no, pero soy una persona muy paciente.

Sarah sonrió.

---Tanto que, si no recuerdo mal, la primera vez que me pediste matrimonio fue hace ya dos años, ¿no?

La sonrisa de Miguel se amplió.

---¿Ves como para ti también fue un día especial?

Ella apoyó la cabeza en su pecho y suspiró.

---No todos los días le piden casarse a una mujer.

---Pues tú te sales de la estadística, porque creo que ya te lo he pedido más de cincuenta veces.

Sarah se carcajeó y se alejó de él.

---Porque es un juego para ti.

Miguel atrapó su mano y tiró de ella, pegándola a su cuerpo. Posó sus ojos en los azules y descendió su mirada hasta fijarla en sus labios entreabiertos.

---No estoy jugando, pequeña. ---Se acercó un poco más a ella, dejando pocos milímetros de separación entre sus bocas, y en el último momento se echó hacia atrás, liberándola de su agarre -- -. Será mejor que termines de arreglarte, si lo necesitas. Elsa nos espera en la tienda ---le anunció y salió de la habitación sin mirar atrás.

Sarah se dejó caer sin fuerzas sobre la cama y se llevó una mano nerviosa hasta el corazón. Si no supiera que era imposible, apostararía a que su corazón estaba deseando salir a jugar con el de Miguel.

Capítulo 7

---Bienvenidos ---los saludó una mujer mayor en cuanto traspasaron la puerta de la tienda de antigüedades. Tenía el cabello blanco, vestía una túnica naranja que le llegaba hasta los pies, llevaba multitud de pulseras en una de las muñecas y sobre su pecho destacaba un colgante con

una gran piedra amarilla.

---Sarah, Miguel... Esta es Anastasia, la dueña de Una Vez en Diciembre... ---los presentó Elsa.

---Encantada ---dijo la joven dándole dos besos en las arrugadas mejillas.

Miguel la imitó y se acercó hasta las escaleras que llevaban al piso de arriba.

---¿Está Martín?

Elsa asintió.

---En casa.

---Si no os importa... ---Señaló con el dedo hacia arriba, recibiendo un nuevo movimiento afirmativo por parte de la novia de su amigo, y, sin más, desapareció.

Sarah observó a las dos mujeres sin saber qué hacer o decir en cuanto se quedaron a solas.

---Pues es verdad que va a hacer mucho frío estos días ---comentó sacando el socorrido tema del tiempo que siempre venía bien para romper el hielo.

Anastasia intercambió miradas cómplices con su empleada y añadió: ---Y más cuando viene acompañando a una pareja...

La joven de pelo rizado arqueó una de sus cejas, confusa.

---Perdone, pero no sé a qué se refiere.

Elsa se acercó a ella y la animó a sentarse en un sillón tapizado con telas de variados colores.

---¿Qué ha sucedido entre Miguel y tú? ---le preguntó, terminando de descolocarla.

Sarah comenzó a jugar con uno de sus rizos y desvió la mirada hacia el escaparate, donde un par de jarrones con unas garzas parecían cobrar vida.

---Nada... Todo... ---Miró a la que comenzaba a considerar como a una amiga, y dejó caer sus hombros rendida---. En realidad, no lo sé...

Anastasia se rio, atrayendo la atención de la confundida joven, y acercó una silla de diseño Luis XIV hasta donde se encontraba ella para sentarse.

---A eso se le llama amor ---explicó la mujer mayor.

La miró con los ojos bien abiertos y negó con la cabeza.

---No puede ser... No creo en esas cosas... Yo... ---Se pasó la mano por los rizos y se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo del sillón.

Elsa no pudo evitar sonreír ante su desasosiego.

---¿Te puedo hacer una pregunta? ---Sarah asintió sin dudar---. ¿Qué sientes cuando estás con Miguel?

Sarah se pasó la mano por su nuca y observó lo que la rodeaba, centrando por unos segundos su mirada en una fina cadeneta de cristal que giraba con lentitud y de cuyo extremo colgaba una pequeña mariposa. Los rayos del sol se filtraban por su cristal formando un arco iris que se reflejaba en la pared más próxima.

«¿Qué sentía por Miguel?», se repitió para sí misma. «Que todo era posible, que un día gris se podía tornar en luz, que la risa podía aliviar cualquier mal y una sonrisa..., su sonrisa, era el mejor regalo que podía ofrecerle cuando tenía un día horrible». Se llevó la mano hasta el estómago y cerró los ojos al sentir, una vez más, como los nervios se le agolpaban en el estómago y su corazón cambiaba el ritmo de su latido al imaginar la verde mirada del joven.

---Es complicado ---musitó apoyando la cabeza entre sus piernas.

Elsa se acuclilló a su lado y le pasó la mano con cariño por los rizos.

---En realidad somos nosotros quienes lo complicamos... El amor es sencillo. Solo debemos dejarnos llevar. ---Miró a su jefa por un segundo y devolvió la atención a su nueva amiga---. Te lo digo por propia experiencia.

Sarah la miró de reojo y suspiró.

---Yo no soy muy de «dejarme llevar».

---Podrías probar, quizás te sorprendas ---comentó Anastasia guiñándole un ojo travieso.

La joven se incorporó levemente y sonrió con tristeza.

---Una vez lo hice, pero no salió bien...

Las dos mujeres compartieron miradas y, sin necesidad de decirse nada, la dueña de la tienda decidió retirarse para que las dos chicas compartieran confidencias.

---Me voy a subir a casa para hacer un bizcocho de chocolate. ¿Os apetece?

Tanto Elsa como Sarah movieron la cabeza de manera afirmativa.

---No estaría mal. Llevo mucho tiempo sin probar un postre casero ---indicó la de pelo rizado.

La mujer mayor asintió, le pasó la mano con cariño por la mejilla, y desapareció por las escaleras.

Elsa ocupó la silla donde había estado sentada su jefa y atrapó las manos de Sarah buscando que le prestara atención.

---Nos conocemos desde hace poco tiempo, pero si necesitas hablar o un hombro donde llorar, puedes contar conmigo.

La chica asintió agradecida.

---Es una larga historia y... ---Se trabó sintiendo como las lágrimas acudían a sus ojos sin poder evitarlo. Se separó del contacto de Elsa y se pasó las manos por el cabello varias veces mientras respiraba pausadamente, intentando controlar su ansiedad---. Me cuesta...

---Está bien. Te entiendo... ---Elsa atrapó la trenza que llevaba y comenzó a jugar con los mechones sueltos que quedaban tras la goma---. Sacar lo que nos preocupa, lo que hemos sufrido o lo que nos afecta hacia fuera a veces es más complicado de lo que parece. ---Sarah la observó con detenimiento. Parecía como si hablara de sí misma---. Pero te garantizo que, una vez estés preparada para dar ese paso, te sentirás mejor. Confiar en alguien, buscar consuelo, no es nada malo.

---Quizás... ---Se levantó del sillón y se acercó hasta la cadeneta de cristal que le había llamado tanto la atención---. Solo necesito tiempo.

---Tiempo... ---repitió---. Si me admites un consejo... ---Sarah la miró y asintió---. Parece que tenemos todo el tiempo del mundo, pero este avanza con demasiada rapidez; un día te levantarás y eso que pensabas que estaba ahí, a tu lado, puede que se haya marchado.

El silencio se asentó entre ellas, al mismo tiempo que un viejo reloj que había sobre un mueble con una superficie de mármol blanco, solo roto por una veta gris, atrajo la atención de Sarah. Fijó los ojos en las agujas que se movían dentro de la esfera y el tictac le llegó con demasiada claridad a los oídos.

---Siempre he estado sola ---comentó sorprendiendo a su amiga---. Me cuesta confiar en alguien... Solo lo hice una vez y fue el mayor error de mi vida.

La novia de Martín se acercó a ella y le pasó las manos por los brazos. Llevaba un jersey negro de lana que debería alejar de su cuerpo el frío de la estación en la que se encontraban, pero, en ese momento, estaba helada.

---Volverás a confiar, en creer en las personas... ---Titubeó por unos segundos---. Es difícil dar el paso, pero una vez que lo haces, te darás cuenta de que hay gente buena a tu lado.

La mirada azul se centró en la negra, donde el brillo de la tristeza era gemelo al suyo.

---Yo...

Elsa siseó acallándola. Sabía que era bueno que hablara con alguien, pero todavía no era el momento ni el lugar para hacerlo. No estaba preparada para ello y no quería forzarla.

---No pasa nada. Respira y, cuando te veas preparada, estoy aquí.

Sarah asintió.

---Gracias... No me conoces y parece como si...

---Yo también he pasado por una mala experiencia ---la cortó como si fuera la explicación suficiente para aclarar sus dudas---. Mi hermana Lucía y Anastasia fueron mis grandes apoyos en el camino de obstáculos que nos pone esta vida, pero no fue hasta que llegó Martín que abrí los ojos. Gracias a él comprendí que, para ser feliz, hay que dar ese paso a ciegas que te llevará hacia aquello que deseas y no conocías.

Sarah suspiró con fuerza y sonrió.

---A ciegas, desconocimiento, confianza... Si te soy sincera, Elsa, esas palabras me dan más miedo que la oscuridad a un niño pequeño.

La otra chica correspondió a su sonrisa.

---Todo pasa... Todo llega. ---Le guiñó un ojo y se alejó de ella, para acercarse al mostrador de la tienda.

---Pero no debo dormirme en los laureles ---comentó divertida, recordando el consejo que le había dado.

Elsa movió la cabeza de manera afirmativa al escucharla.

---¿Otro consejo?

Sarah sonrió y la animó a hablar.

---Son gratis, ¿no?

---De momento no debemos pagar impuestos por ellos...

---De momento ---remarcó, riéndose las dos a la vez. Sarah se acercó a ella y apoyó las manos en el mostrador, sobre el que descansaba una caja registradora muy antigua---. Dime ese consejo.

---Miguel es un buen chico y su amistad, su apoyo, puede facilitarte esa lucha interna que estás combatiendo.

Atrapó uno de sus rizos y comenzó a enrollar y desenrollar el dedo en el mechón con un tic nervioso.

---O complicarme ---la corrigió.

Elsa se rio.

---Como te ha dicho Anastasia antes, déjate llevar, puede que te sorprenda.

Capítulo 8

---Ey, ¿qué haces aquí? ---le preguntó Martín desde el suelo. Estaba con medio cuerpo metido bajo el fregadero de la cocina del apartamento de Elsa y Lucía, intentando arreglarlo, cuando apareció Miguel.

Este se sentó sobre la encimera y se encogió de hombros.

---He traído a Sarah. Ayer Elsa la invitó para que viera la tienda...

---Ajá... ---dijo el chico, incorporándose, mientras se limpiaba las manos---. ¿Y por eso tienes esa cara?

Miguel volvió a encogerse de hombros, se quitó el gorro de la cabeza y lo estrujó entre sus dedos.

---No es nada...

---Ya... ---Se acercó al frigorífico---. ¿Una cerveza? ---Le mostró un botellín que no dudó en aceptar.

Los dos bebieron en silencio.

Miguel con la vista fija en el cielo exterior que se observaba desde la ventana.

Martín observando a su amigo, esperando a que este decidiera hablar. Lo conocía desde hacía

muchos años, desde niños, desde que acabaron en el mismo hogar de acogida, y sabía que cuando él estuviera preparado, hablaría.

---Esta noche hay cena en casa de Mónica...

---Está bien.

---Israel quiere sorprendernos y cocinar comida hindú.

---Vale...

---Aunque Lucas le ha propuesto que podría cocer al perro de los vecinos para darle mejor sabor.

---Está bien.

Martín puso los ojos en blanco y suspiró.

---¿Me estás escuchando? ---No obtuvo respuesta---. ¿Miguel? Planeta Tierra llamando a Miguel.

El joven lo miró y parpadeó varias veces como si necesitara fijar la imagen que sus ojos le transmitían. Se llevó la mano hasta la nuca y sonrió avergonzado.

---Perdona, no escuchaba...

---Ya me he dado cuenta ---señaló Martín divertido---. ¿Quieres hablar? ---se interesó bebiendo del botellín de cerveza.

Miguel se encogió de hombros.

---Sí... No... En realidad, da igual. No es importante.

---¿Tiene algo que ver Sarah en todo esto?

Miró a su amigo sorprendido.

---¿Cómo lo sabes? ¿Tan evidente es?

Martín se carcajeó.

---¿El color del caballo blanco de Santiago es menos claro?

Miguel agachó cohibido la cabeza.

---No sé qué hacer ---dijo al fin.

---¿Hacer sobre qué?

---Con ella, con todo... Conmigo.

Martín no pudo evitar reírse de nuevo. Era la primera vez que veía a su amigo en ese estado y estaba siendo todo un descubrimiento.

---Te ha dado fuerte, ¿eh?

Miguel se bajó de la encimera y se acercó a la ventana. El parque que había enfrente de la casa estaba nevado y varios niños, con la ayuda de sus padres, jugaban a construir muñecos de nieve o lo que se terciara.

---Estoy enamorado de ella.

El silencio se hizo en el piso.

Martín bebió de golpe lo que le quedaba de la cerveza y dejó el botellín. Se pasó la mano por su corto cabello y sonrió cuando asimiló la confesión de su amigo.

---¿Estás seguro? ---Miguel asintió sin mirarlo---. ¿No será un capricho pasajero?

Se giró para enfrentarlo tensando la mandíbula y negó con la cabeza.

---Sarah es diferente...

Martín levantó las manos hacia arriba en son de paz y asintió.

---Está bien. No me comas...

---Perdona ---se disculpó por el tono empleado.

Martín hizo un gesto con la cabeza aceptando las disculpas y añadió: ---Tienes que comprenderme. Cuesta verte con una chica fija. Eres más de disfrutar el momento sin pareja.

Miguel se pasó la mano por el cabello y suspiró.

---Era... ---Escondió sus manos en los bolsillos del vaquero y agachó la cabeza, dejando su mirada fija en el suelo del apartamento. De repente, los dibujos que formaba el parqué cobraron bastante importancia.

Martín lo observó por unos segundos y acabó abriendo el grifo del fregadero para ver si había solucionado el problema que Lucía le había dicho que tenían antes de marcharse al bar de Ceci, donde trabajaba. Le había costado salir de la cama, al estar muy bien acompañado de Elsa, pero esta también debía trabajar en la tienda, por lo que, tras desayunar, se había puesto manos a la obra y llevaba toda la mañana liado con la avería doméstica.

Comprobó que las juntas de las tuberías no goteaban y cerró las puertas del armario donde se escondían. Cerró el agua y se acercó a su amigo, que seguía en la misma posición.

---¿Por qué Sarah es diferente? ---se interesó mirando a los niños que se tiraban bolas de nieve.

---No lo sé... ---reconoció Miguel y se calló de pronto, como si buscara las razones que le habían llevado a enamorarse---. Desde que la conocí... Desde que mis ojos se fijaron en ella, no he logrado pensar en nadie más. Me gusta como persona, su carácter agrídulce, sus ironías, sus salidas de tono, su cabezonería...

Martín se rio.

---No la estás dejando muy bien.

Él encogió uno de sus hombros y sonrió de lado.

---La tristeza que aparece en sus ojos azules cuando ella no logra retenerla, su soledad, sus miedos...

---¿No será que quieres cuidar de ella? Mira, Miguel, que nos conocemos; en casa eras el primero que cobijabas a los chicos que acababan de llegar. Estabas pendiente de cada una de sus necesidades hasta el extremo de olvidarte de ti mismo. Si no fuera porque...

---Porque te tenía a ti de amigo ---acabó por él, empujándolo.

Martín le guiñó un ojo.

---Habrías muerto de hambre.

---Eres un exagerado ---comentó acercándose hasta la barra americana para sentarse en uno de los altos taburetes.

Él lo imitó.

---Exagerado o no, sabes a qué me refiero.

Miguel asintió, consciente de que eran muchos años los que habían compartido y, aunque no eran hermanos de sangre, podían considerarse familia. Habían pasado por muchas, buenas y malas, pero ahí seguían los dos..., juntos.

---Esto es distinto... Sarah es especial.

---Y también ha pasado por mucho, si no me equivoco.

El joven de pelo largo movió la cabeza de manera afirmativa.

---Sí, aunque no he conseguido que confíe en mí.

---Normal. Ya sabes que, cuando no tienes a nadie cerca, la confianza es un regalo que solo damos a unos pocos, si es que lo hacemos.

Miguel dejó caer su cabeza rendido.

---Pero puede confiar en mí...

Martín lo despeinó.

---Dale tiempo. Si sigues a su lado, si le ofreces una sonrisa amigable..., terminará conociendo al Miguel que todos queremos y se abrirá a ti. Aunque...

---¿Aunque? ---preguntó de golpe mirándolo a los ojos, temiendo lo que podía ir detrás de esa

palabra.

El novio de Elsa sonrió y se levantó de su asiento, alejándose de él.

---También puede conocer esa faceta tan odiosa tuya...

---¿Qué faceta odiosa? Martín, ¿a qué te refieres? ---Se incorporó levemente, preocupado por lo que le decía.

Martín acabó riéndose a mandíbula batiente al ver a su amigo.

Miguel arrugó el entrecejo al comprender que era el centro de sus bromas.

---Eres gilipollas...

---Ya, pero tendrías que haberte visto ---le indicó.

Puso los ojos en blanco y se dejó caer de nuevo sobre el taburete.

---Gracias, amigo. Yo aquí preocupado y tú... ---Lo señaló con la mano, ya que no paraba de reírse.

Martín observó la seriedad de su cara y cortó su chanza.

---Perdona.

Miguel negó con la cabeza y apoyó la frente en sus manos.

---No pasa nada. No te preocupes...

Martín elevó sus cejas y soltó el aire de su interior, al darse cuenta de que su amigo no estaba pasando por su mejor momento.

---Perdóname. A veces puedo ser...

---Un gilipollas ---repitió mirándolo a los ojos, con un brillo travieso en su rostro.

Martín, cuando se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo, lo golpeó en la cabeza.

---Serás imbécil.

Miguel le sacó la lengua.

---Amigo imbécil para ti. ---Los dos se carcajearon ante el comentario.

---Y ahora, ¿qué vas a hacer? ---le preguntó Martín pasados unos segundos.

Él se encogió de hombros.

---No lo tengo muy claro, todavía ---informó---. Además, ha surgido un problema...

---¿Qué clase de problema?

---En el hostel ---explicó---. Solo tenemos una habitación y esta noche hemos tenido que dormir juntos.

---¿Y eso es un problema? ---Miguel lo miró con gesto serio---. Está bien, está bien... ---Levantó las manos en son de paz---. No me comas.

Miguel suspiró y se estiró todo lo largo que era. A pesar de haber pasado la noche en la misma cama que Sarah, sentía el cuerpo tenso por no haber querido violentarla con su cercanía.

Apenas había dormido y, cuando el sueño lo había sorprendido, sus cuerpos habían acabado acercándose por inercia.

---Reservé dos habitaciones, pero en el hostel dicen que solo tienen constancia de una.

---¿Seguro?

Miguel golpeó la barra americana con el puño.

---¿Tú también piensas que lo he planeado yo?

---No, no... Perdona. Sé que no serías capaz, pero compréndeme, tenía que preguntarlo.

Tensó la mandíbula y acabó haciendo un gesto con la cabeza, admitiendo su disculpa.

---Se lo he explicado a Sarah, pero no sé si me cree.

Martín asintió.

---¿Y qué vas a hacer?

Miguel se pasó la mano por el cabello y miró a su amigo.

---Hablaré con Raquel, ella nos ofreció una habitación en su casa. Sarah podría quedarse con ellos...

---Pero no es lo que tú quieres, en realidad.

Él sonrió con tristeza.

---Lo importante no es lo que yo desee, sino lo que sea mejor para ella.

Capítulo 9

---¿Y cómo os conocisteis Miguel y tú? ---se interesó Mónica.

Estaban en la cocina, reunidas todas las chicas alrededor de la mesa rectangular que había en el centro de la habitación. Sentadas en los altos taburetes, saboreaban los helados que tenían en distintos boles delante de ellas.

Los chicos habían preferido quedarse en el salón, delante de la televisión, disfrutando del partido de fútbol que emitían.

Sarah tragó el frío dulce como pudo, al escuchar la pregunta.

---En el bar donde trabajo...

---Es un bar de carretera ---puntualizó Elsa---. Es donde acabé perdida cuando fui en busca de Martín.

Las dos chicas intercambiaron miradas, recordando ese momento.

---Soy la camarera ---explicó sin dar más detalles.

---¿Y hay algo entre vosotros? ---la interrogó Lucía recibiendo una patada en la pierna por parte de su hermana, que provocó que emitiera un grito de dolor.

Sarah negó con la cabeza, aunque sintió como sus mejillas enrojecían ante la mentira.

---Solo somos amigos.

---Pues, chica, Miguel es amigo mío y te garantizo que no me mira como a ti ---comentó Dulce, la hermana de Raquel.

Esta le llamó la atención.

---Dejad ya de atosigar a Sarah o conseguireis que no quiera volver a vernos.

La joven de pelo rizado miró a la novia de Tony y le agradeció su intervención desde la distancia.

---Yo solo digo que o espabila o en el pueblo hay varias lagartas que están interesadas en echarle el lazo.

---Dulce, vale ya ---la regañó Raquel.

Sarah se levantó atrayendo sus miradas.

---No pasa nada ---comentó, pero todas sabían que mentía---. Necesito ir al servicio.

---En la planta de arriba, la segunda puerta a la derecha ---le explicó Mónica.

Sarah asintió y desapareció por la puerta batiente que conducía al salón y de ahí a las escaleras.

Las chicas reunidas en la cocina se observaron en cuanto esta se marchó.

Raquel señaló a su hermana y a Lucía, las culpables de la huida de la otra, y las avisó: ---Dejadla tranquila.

La novia de Israel levantó las manos hacia arriba.

---No sé a qué te refieres.

---Yo solo pienso que esos dos necesitan un pequeño empujón para estar juntos ---indicó Dulce llevando el bol vacío al fregadero.

---Pero si necesita o no ese empujón, ya llegará solito ---señaló Raquel---. No necesita ninguna lianta a su lado.

Las chicas asintieron ante sus palabras, aunque poco convencidas de hacerle caso.

---¿Estás bien? ---le preguntó Miguel nada más salir del servicio. Había ido tras ella en cuanto la vio. Algo que observó en su rostro no le había gustado, por lo que, guiado por la preocupación, no había dudado en esperarla pacientemente en mitad del pasillo a que saliera.

Sarah no se sorprendió de verlo allí. Comenzaba a asimilar que la conocía demasiado bien y que, cuando lo necesitara, estaría a su lado. No podía engañarlo.

---Estoy algo cansada... Son demasiadas caras, demasiadas conversaciones, demasiado para alguien que no está acostumbrada a ser amigable.

Le apartó un par de rizos de la cara y los llevó hasta detrás de la oreja.

---¿Quieres marcharte?

---Tú estás bien... ---Dudó---. No quiero estropear tus planes, ya he hecho demasiados cambios en ellos.

Miguel atrapó su mano y tiró de ella escaleras abajo.

---No te preocupes por mí. ---Se acercaron a la cocina, no sin antes atrapar sus abrigos por el camino---. Raquel, ¿todavía tienes esa habitación disponible?

---Sí, ¿por?

---Para Sarah.

Las chicas se miraron sin comprender muy bien sus intenciones.

---Está bien...

Miguel asintió y le guiñó un ojo.

---Pues luego la acerco, que quiero enseñarle algo.

La novia de Tony movió la cabeza de manera afirmativa y observó como salían por la puerta que conducía a la calle.

---¿A qué ha venido eso? ---lo interrogó Sarah nada más abrocharse el cinturón de seguridad del Suzuki.

---¿El qué? ---preguntó Miguel con los cinco sentidos puestos en la carretera. No quería que se le pasara el camino de arena que le había indicado Martín y que, por lo que le había dicho, era fácil no verlo.

---Lo de Raquel, la habitación...

Él hizo un giro brusco con el coche, sorprendiendo a la chica, se metió por el camino que buscaba y la miró de lado.

---Perdona, casi me lo paso ---se justificó haciendo referencia al movimiento que había hecho el vehículo, al mismo tiempo que reducía la velocidad y ponía las luces largas para ver mejor.

Ella negó con la cabeza y observó el paisaje por el que iban. El río iba paralelo al camino, y las raíces de los árboles sobresalían con fuerza de la tierra para caer, en parte, sobre el agua.

De pronto, un muro natural cortó su viaje.

Miguel detuvo el coche y, sin apagar las luces, se giró sobre el asiento para mirarla.

---Martín me dijo que es un lugar precioso, pero no sé si con esta nieve y el frío será una buena idea.

Ella lo observó agradecida de que se preocupara.

---¿Tienes una manta ahí detrás? ---Movié la cabeza hacia la parte trasera del coche.

---Algo habrá. ---Se coló entre los asientos y rebuscó entre las cosas que llevaba---. Dos mantas ---dijo y la miró triunfante.

---¿Y si echamos hacia atrás los asientos y disfrutamos de la vista? ---Señaló el cielo estrellado que se vislumbraba por la ventanilla del techo del coche.

---Me parece bien ---aceptó el joven y, sin dudarlo, buscó el mecanismo que movería su asiento.

Sarah lo imitó de inmediato. Tomó la manta que le ofrecía y se arropó con ella en cuanto se

tumbó.

El silencio los envolvió, pero no fue un silencio opresor ni incómodo, sino uno que hablaba de amistad, de familiaridad, de comodidad...

---No te he dado las gracias todavía ---dijo ella, sorprendiéndole.

---¿Por qué? ¿Por pasar frío en un coche?

Lo miró divertida.

---No, tonto, por traerme aquí. Por presentarme a tus amigos, por preocuparte por mí...

Él le acarició la cara con ternura.

---Eres tú la que me haces el favor a mí.

Se incorporó levemente, apoyando el codo en el asiento, para poder mirarla mejor.

---¿Por qué? ¿Por contestarte mal cada dos por tres? ¿Por pensar mal de ti?

Miguel no pudo evitar reírse al ver que reaccionaba igual que él.

---No te lo creerás nunca, pero tenemos más cosas en común de lo que piensas.

---Seguro...

Le pasó los dedos por sus cejas con delicadeza, obligándola a retener su respiración por unos segundos, y atrapó uno de sus rizos. Tiró de él y comprobó como retornaba a su posición original.

---La vida tampoco ha sido un camino de rosas para mí. Acabé muy joven en una casa de acogida y si no hubiera sido por el apoyo de Martín, no sé qué habría sido de mí. Luego llegaron los padres de Tony y, gracias a ellos, nos convertimos en las personas que somos ahora.

---No lo sabía ---reconoció---. Pensé que... Tú siempre tienes esa sonrisa... ---Le delineó los labios con delicadeza.

Él atrapó su mano, deteniéndola.

---Que sonrío no quiere decir que no sufra. ---Sarah movió la cabeza, conforme con él---. La utilizo como escudo para no dejar que la vida me venza. Enfrentarse a los problemas con una sonrisa hace que no veamos siempre el lado malo de las cosas y así tratemos de avanzar.

---Yo soy todo lo contrario a ti ---indicó---. Siempre veo la parte negativa de todo. La vida me ha enseñado que, si espero la bofetada, el daño no será tan fuerte.

Le dio un beso en la mano que tenía agarrada.

---Pero no siempre llega la bofetada...

Ella se encogió de hombros.

---Al igual que tu sonrisa, este es mi escudo.

Posó su mano en la mejilla femenina y fijó sus ojos en la mirada azul.

---¿Quién te hizo tanto daño, pequeña?

---Lo conociste ---respondió a media voz.

Él se incorporó de golpe.

---¿Aitor? ¿Qué ocurrió?

Sarah se movió en el asiento y miró las estrellas.

---Nada que quiera recordar.

El silencio apareció de nuevo entre ellos.

---Sarah...

Ella lo miró en cuanto la llamó. Tenía los ojos brillantes, prueba de que trataba de contener las lágrimas que luchaban por salir.

---No pasa nada, de verdad. ---Se pasó el dorso de la mano por la cara, limpiándose, y de pronto se encontró entre los brazos de Miguel.

---Tranquila. Estoy aquí ---le dijo mientras ella no paraba de llorar.

Capítulo 10

---Sarah, despierta. ---La movió levemente, intentando que abriera los ojos sin obtener ningún resultado.

Hacía tiempo que se había quedado dormida, cuando todavía observaban las estrellas desde el coche, envuelta en la manta mientras compartían confidencias; pero Miguel no se dio cuenta de que estaba hablando solo hasta que buscó sus ojos azules en mitad de la oscuridad y se los encontró cerrados. Dormía plácidamente, como si nada enturbiara sus sueños.

Pasó los dedos con cuidado de no despertarla por su frente, alisando las pequeñas arrugas que aparecían en ella, y descendió por la curva de su pequeña nariz hasta delinear los labios con lentitud, hasta que su dueña se movió levemente, obligándolo a romper el contacto.

Expulsó el aire que retenía sin saberlo y, tras restregarse los ojos como si quisiera alejar sus pensamientos con rapidez, tomó una decisión. Se incorporó en el coche, colocó el asiento en la posición correcta, y arrancó el vehículo para dirigirse a casa de Raquel.

Allí se encontraban en ese momento...

Sarah durmiendo y él tratando de despertarla.

Volvió a moverla sutilmente y se acercó a su oído para susurrarle su nombre una vez más.

Ella abrió los ojos de repente y se lo encontró frente a frente. Su cara a pocos milímetros de la suya, con las bocas casi unidas y sus respiraciones entrelazadas.

Sus miradas coincidieron y un brillo de reconocimiento apareció en los iris de cada uno de ellos.

Miguel observó su boca, justo cuando ella se mordía el labio, y fijó de nuevo su mirada en la celeste. Apretó el puño con fuerza, cerró los ojos por unos segundos y respiró con profundidad, alejándose de ella. Le había costado un triunfo no besarla, no saborearla, no sentirla...

Se recolocó detrás del volante, observando el porche de la casa de Raquel, donde había una luz encendida, y le dijo:

---Ya hemos llegado.

Ella se reincorporó y miró el exterior, algo descolocada porque hubieran regresado allí y no se encontrasen en el hostel.

---¿Qué hacemos aquí?

---Pensé que sería mejor que te quedaras en casa de Raquel y Dulce ---le explicó sin querer mirarla.

Ella arrugó el ceño y lo observó confusa.

---¿Por qué?

Miguel apretó el volante con fuerza, dejando que sus nudillos adquirieran una tonalidad blanquecina.

---No quiero que te sientas incómoda compartiendo habitación conmigo...

Ella bufó con fuerza, atrayendo su mirada.

---¿De dónde te has sacado esa tontería?

---De ti... ---La miró con la mandíbula tensa---. De la conversación que hemos mantenido esta mañana...

Sarah enredó sus dedos entre sus rizos e intentó recordar de lo que habían hablado.

---¿Esto es porque te acusé de que podrías haberlo planeado todo? ---Miguel asintió---. Venga, ya... No me hagas reír.

---No quiero que pienses que lo de la reserva fue cosa mía...

---Y no lo hago ---atajó.

Él parpadeó varias veces confundido.

---Entonces... ---Dudó, se quitó el gorro de la cabeza y lo apretó entre sus dedos---. ¿A qué

vinieron tus insinuaciones?

Sarah apartó su mirada de él, incapaz de aguantar la fuerza que emanaba de su cuerpo, y observó a Raquel, que aparecía en ese momento tras la puerta de la casa.

---A que tenía miedo...

Miguel arrugó el ceño al escucharla.

---¿Miedo? ---Ella movió la cabeza de manera afirmativa---. ¿De mí?

La joven lo miró con rapidez y negó.

---No, de ti, no.

Él observó a la novia de Tony, que esperaba paciente en el porche, y devolvió la atención a su acompañante.

---¿Entonces? ---Ella agachó su mirada y comenzó a jugar con un hilo que sobresalía del asiento del Suzuki---. Sarah... ---susurró su nombre, atrayéndola como si se tratara de una suave melodía hipnotizante.

---De mí ---soltó de pronto, descolocándole---. De lo que me haces sentir cuando estoy a tu lado, cuando me miras como si fuera importante todo lo que dijera o cuando me observas cuando crees que no me doy cuenta. Miedo por lo que provoca esa sonrisa que me regalas cada vez que hablamos, cada vez que intercambiamos gestos, caricias o miradas...

---¿Qué provoca mi sonrisa? ---se interesó bajando el tono de voz, sin perder de vista ninguno de sus movimientos, atento a cualquier palabra que salía de su boca.

Sarah enfrentó su mirada y expulsó el aire que retenía en su interior.

---Que mi corazón lata a un ritmo diferente, que la temperatura de mi cuerpo ascienda y en mi estómago ---dijo posando su mano en la zona que mencionaba--- se amontonan miles de mariposas batiendo sus alas a gran velocidad.

Miguel no dijo nada cuando ella calló.

Dejó la vista fija en su cara, en sus ojos, en la mano que seguía en su estómago, mientras miles de pensamientos se amontonaban en su cabeza y él trataba de ponerles orden.

---¿No dices nada? ---le preguntó pasados unos minutos en los que el peso del silencio crecía dentro del vehículo y el frío comenzaba a sentirse.

---¿Quieres venir al hostel?

Sarah observó su rostro y sin dudarlo asintió con lentitud.

Miguel movió la cabeza conforme y salió del coche, para acercarse a grandes zancadas a Raquel.

---Gracias por esperarnos, pero...

---Os vais a la habitación que tenéis reservada. ---No fue una pregunta, sino más bien una afirmación.

Él asintió y le dio un beso en la mejilla.

---Siento las molestias...

Raquel negó con la cabeza, observó a la chica que esperaba dentro del coche y miró a su amigo.

---No te preocupes. ---Se acercó a la puerta, pero antes de desaparecer en el interior de la casa, le advirtió---: Cuidala. Necesita alguien que lo haga...

Miguel miró por encima de su hombro brevemente a Sarah y devolvió la atención a la novia de su amigo.

---Lo haré.

Capítulo 11

Regresaron al hostel en completo silencio. Sumidos cada uno en sus pensamientos, sintiendo como el ambiente del Suzuki se iba cargando de electricidad según acortaban los kilómetros que

los llevarían hasta su destino.

Miguel aparcó el coche en el mismo sitio que la noche anterior, justo delante de la ventana de su habitación, y salió del mismo con demasiada lentitud. Se acercó a la entrada donde esperaba Sarah y la agarró de la mano en cuanto estuvo a su altura.

Ella no se quejó. Todo lo contrario, apretó con fuerza su mano con temor de que salieran huyendo uno de los dos.

El recepcionista, el mismo hombre que los había atendido la pasada noche, les dio la llave de su habitación mientras intentaba conversar con la pareja. En cuanto vio que los dos estaban más centrados en las miradas que se robaban, desistió en su empeño. Les deseó una feliz noche cuando se acercaban a las escaleras, pero no obtuvo respuesta alguna.

Llegaron al segundo piso en silencio.

Miguel ascendía las escaleras en primer lugar, sin soltarle la mano. Mirando cada poco hacia atrás, como si necesitara cerciorarse de que la seguía, de que, a pesar del contacto que los unía, estaba allí... con él.

Sarah, desde que había confesado sus temores, sentía una perenne sonrisa en su rostro. Una sonrisa algo tímida que no sabía muy bien cómo controlar.

Llegaron a la puerta de la habitación que compartían, Miguel metió la llave en la cerradura y, como las pasadas veces, no la abrió a la primera. Una sutil risa se escuchó en el pasillo. Miró a la dueña de esta y le guiñó un ojo.

---¿Quieres probar?

Ella negó con la cabeza.

---Tú te ves más capacitado para abrirla.

Miguel le sonrió, soltó su mano a regañadientes e insistió con más fuerza, logrando, a la tercera vez y con un gran empujón, que la puerta se abriera.

Se hizo hacia un lado y movió la mano, animándola a que se adentrara en la habitación que compartían.

Ella le sonrió e hizo lo que le pedía.

El joven cerró la puerta tras de sí y no tardó en seguirla.

Estaban en el centro de la habitación.

Uno enfrente del otro...

En silencio...

Callados...

Con la mirada prendida en el otro y sus respiraciones entrelazadas.

No habían encendido la luz de la lámpara. Ni siquiera se habían acordado de ella. No la echaban en falta. Gracias al reflejo de la luna en la nieve que se amontonaba en la calle, la escasa claridad que entraba por el ventanal les era suficiente.

---¿Quieres darte un baño? ---se interesó Miguel de pronto.

Ella negó con la cabeza.

---¿Tú estás cansado?

Él también negó.

---Quieres que...

---Sí ---respondió sin dejarle acabar.

---Sí, ¿qué? ---preguntó de repente, descolocándola.

Sarah arrugó el ceño, confusa.

---Yo... Creí que... ---tartamudeó cohibida---. Perdona, será mejor que... ---Intentó alejarse de él, pero se lo impidió.

---¿Adónde vas? ---la interrogó casi en un susurro, acercando su cara a la de ella.

Esta cerró los ojos al sentirlo tan cerca y suspiró.

---No sé... ---reconoció.

Miguel observó su delicado rostro y llevó sus dedos hasta los rebeldes rizos que le caían sobre los ojos. Se los apartó con suavidad, provocando que ella lo mirara, y fijó sus ojos en los azules.

---Voy a besarte ---la avisó.

Ella no hizo ningún gesto. No habló. No movió la cabeza. Se mantuvo quieta en el mismo lugar, con su mirada anclada en la verde de él.

---Sarah, ¿me has escuchado? ---se interesó con temor.

Esa vez ella sí movió la cabeza de manera afirmativa.

---Que vas a besarme...

---¿Y qué opinas?

Ella sonrió de forma traviesa.

---Que estás tardando demasiado... ---No acabó lo que fuera a decir.

La boca de Miguel se abalanzó sobre la suya, atrapando su labio inferior para a continuación acariciar el superior. Posó las manos en su cara, para profundizar aún más el beso, trastabillando unos pocos pasos hasta que, sin evitarlo, cayeron sobre la cama.

Las risas de la pareja se escucharon en el silencio de la habitación.

Miguel se apartó brevemente de ella por temor a haberla aplastado y la miró.

---¿Estás bien?

Ella asintió con la misma sonrisa que llevaba acompañándola desde hacía bastante rato.

Centró su mirada en la de él y le apartó el cabello de la cara, dejando que los dedos descendieran por su mejilla hasta dibujar sus labios.

---¿Probamos otra vez? ---le preguntó tentándolo para que le diera un nuevo beso que no tardó en llegar.

Miguel posó su boca sobre la de ella, esta vez con mayor suavidad, siendo recibido por la lengua femenina en cuanto sus labios se tocaron. Un gemido de satisfacción se escapó de lo más hondo de su ser en cuanto sintió el contacto, provocando que la caricia húmeda se intensificara.

A ese beso le siguieron muchos más, caricias que aumentaban la atracción de los jóvenes y hacían que sus cuerpos anhelaran un mayor contacto.

Sin previo aviso, Miguel se separó de ella.

Sarah emitió un gemido insatisfecho en cuando rompió el contacto y tiró de su jersey, intentando que continuara besándola.

Posó su mano en la de ella, deteniéndola, y buscó que le prestara atención. Apartó su cabello de la cara y agarró con delicadeza su barbilla. Le dio un pequeño beso en la punta de la nariz y enfrentó sus miradas.

---Si seguimos por este camino, no puedo prometerte que pueda parar... ---Le acarició la mejilla y le dio un leve beso en los labios, que provocó que ella intentara ahondar en la caricia---

Necesito que lo entiendas, Sarah...

La joven se quedó quieta al notar el cambio en su tono de voz.

---¿Quién te ha dicho que quiera que pares? ---le soltó de forma brusca, al mismo tiempo que pasaba una de las manos por su nuca y lo obligaba a besarla.

Él gruñó ante su urgencia, asaltando su boca con energía. Sus lenguas volvieron a encontrarse y los cuerpos comenzaron a demandar una mayor intimidad.

Una de las manos de Miguel cobró vida propia y atravesó la frontera de tela del jersey de ella.

Ascendió por la tersa piel con rapidez hasta toparse con el encaje del sujetador.

Sarah arqueó su cuerpo en cuanto lo sintió cerca de sus pechos. Le mordió el labio inferior, arrancándole un gemido de placer, y lo miró a los ojos.

---Tócame ---le suplicó.

Él hizo lo que le pedía.

Dejó que sus dedos escalaran uno de los pequeños montículos hasta su cumbre, y apartó la lencería con cuidado. Pasó la yema de sus dedos por el pezón enhiesto, al mismo tiempo que su dueña retenía su respiración, logrando que miles de escalofríos recorrieran su cuerpo. Atrapó con delicadeza la cima rosada y la pellizó, sin apartar su mirada de la cara de Sarah. Sus ojos se habían cubierto de una neblina ardiente y sus labios brillaban anhelantes, clamando por un nuevo beso.

Se acercó hasta su boca, sin dejar de acariciar el pecho, pero, en vez de besarla, posó sus labios en el cuello, donde su lengua la saboreó.

Sarah encorvó su cuerpo, instándolo a que intensificara sus caricias, pero su amante la ignoraba. Tenía toda su atención centrada en los pechos, en los besos que le prodigaba y que la estaban volviendo loca.

---Miguel... ---lo llamó casi con esfuerzo, pero este no le hizo caso, por lo que decidió darle de su propia medicina.

Llevó una de sus manos hasta la cinturilla del vaquero y desabrochó el cinturón con algo de torpeza. Se deshizo del botón del pantalón e introdujo su mano por el interior de los calzoncillos, encontrándose un pene endurecido. Comenzó a acariciarlo con lentitud, con la misma lentitud con la que su amante torturaba sus pechos, arrancándole más de un gemido de placer.

Miguel no dudó en vengarse. Recogió su jersey hasta por encima de sus pechos y atrapó con la boca uno de los senos.

Sarah gritó ante su contacto.

La boca succionó el pequeño botón, arrancándole un nuevo gemido, y su mano se cernió con fuerza sobre su pene.

Su amante la observó, dejó que su lengua lamiera su pezón sin apartar la mirada de ella, y Sarah dejó que su mano subiera y bajara a lo largo de su miembro.

Los dos midiéndose...

Sintiéndose...

Anhelando sus caricias...

Saboreándose...

---Si sigues así vas a lograr que me corra... ---afirmó sin muchos miramientos.

Ella lo abarcó con más fuerza y sonrió.

---Si quieres... ---Se calló cuando su lengua volvió a torturar sus pechos---. Podemos probar otra cosa... ---Gimió en cuanto su boca succionó de nuevo su seno.

Miguel sonrió al escucharla y se apartó de ella con rapidez. Se quitó el jersey que llevaba y se deshizo de los vaqueros junto con los calzoncillos, mostrándose en todo su esplendor.

Sarah no tardó en imitarlo.

Se quitó el jersey que estaba doblado por encima de sus pechos, el sujetador y el pantalón con ayuda de Miguel, quedándose desnuda ante su escrutinio.

Él la observó de pie. Dejó que sus ojos la analizaran poco a poco, posándolos sobre su cuerpo desnudo.

---Eres preciosa ---susurró.

Ella sintió como su piel enrojecía ante el cumplido. Elevó su mano y lo animó a que se tumbara a su lado.

Miguel sonrió ante su muda petición. Se puso un preservativo que llevaba en la cartera del bolsillo trasero del pantalón, y no tardó en hacer lo que le pedía.

Sarah abrió sus piernas acogiéndolo.

Él agarró su pene y, con cuidado, lo ayudó a traspasar la húmeda frontera donde se sintió como si estuviera en su hogar.

Sus cuerpos se reconocieron.

Sus miradas se buscaron.

Y ambos comenzaron una danza ancestral que los llevó a incrementar sus sentidos.

Las respiraciones se aceleraron.

Los gemidos se sucedieron.

Sarah arqueó el cuerpo y enrolló las piernas alrededor de sus caderas, animándolo a que se adentrara todavía más en su interior.

Miguel la besó, bebió de sus gemidos, saboreó la sal de su piel y aumentó sus movimientos.

Ella respiró con profundidad. Apoyó las manos en sus hombros y se incorporó levemente, buscando un mayor contacto.

Él atrapó su boca y le robó un nuevo beso mientras su miembro era arropado por las paredes vaginales.

Sarah gimió una vez más.

Miguel la besó de nuevo.

Una nueva estocada, una nueva acometida...

Sus respiraciones se aceleraron y un grito de placer se escuchó en la noche, al mismo tiempo que sus cuerpos explotaron.

Ambos se miraron.

Los ojos verdes en los azules. Una mirada similar a la de su pareja y que hablaba de satisfacción, de placer, de amor...

Compartieron sonrisas cómplices y volvieron a enlazarse en un nuevo beso.

Capítulo 12

---Si te soy sincera, nunca pensé que volvería a estar con un hombre.

Los dos estaban en la cama, abrazados, desnudos debajo de la colcha que los protegía del frío.

Miguel la miró confuso ante su confesión y detuvo las caricias que le prodigaba en el cabello.

---¿A qué te refieres?

Ella suspiró y lo miró.

---Aitor era mi novio... ---Él asintió. Tenía sus sospechas, pero necesitaba que ella se lo confirmara---. Acabé dejándolo todo por él. Apenas me hablaba con la poca familia que me quedaba cuando apareció en mi vida y mis amigos... ---se tumbó boca arriba alejándose de Miguel--- poco a poco fueron desapareciendo. Perdí el contacto...

---¿Por culpa de Aitor?

---En parte, pero mucha de la culpa fue mía, porque me cegué con la relación que comenzaba a tener con Aitor ---confesó---. Dejé de lado mi vida por él, hasta que acabé sola.

Miguel se movió en la cama, dejando su cabeza apoyada en la mano, y con la otra comenzó a acariciar sus rizos.

---¿Qué pasó?

Ella lo miró con los ojos algo acuosos.

---No lo vi venir... ---indicó con la voz temblorosa---. Al principio fueron menosprecios a la hora de hablarme y luego...

El joven posó la mano en su mejilla y buscó su mirada.

---¿Te pegó? ---Ella asintió levemente---. ¡Joder! ---Miguel gritó y se levantó de la cama sin importarle encontrarse desnudo. Se pasó la mano por el cabello varias veces mientras paseaba de un lado a otro de la habitación, con la atenta mirada de la joven desde la cama.

---Miguel... ---lo llamó pasados unos segundos---. Ven aquí, que hace frío.

Él detuvo su caminar y se dio cuenta de su estado. Se acercó a la cama y se acomodó a su lado.

---Perdona... No debí reaccionar así...

Sarah se incorporó y, para su sorpresa, se sentó a horcajadas encima de él. Tomó su cara y lo miró fijamente.

---Estoy bien...

Miguel chascó con la lengua el paladar, acallándola.

---Eso no es verdad. Mírate...

Ella sonrió feliz.

---Me miro y me gusta lo que veo. Trabajo bajo las órdenes de Boris, gracias a un camionero que me llevó hasta allí cuando hui de Aitor, y desde entonces me he construido una vida que, aunque no es perfecta, es mi vida.

Miguel arrugó el entrecejo.

---Pero ¿eres feliz?

Sarah lo besó y sonrió de nuevo.

---Mírame... Estoy desnuda, delante de ti, y acabamos de entregarnos el uno al otro libremente. No puedo pedir más.

Miguel asintió conforme.

---Y ha sido espectacular...

Ella arrugó la boca al escucharlo.

---Bueno, espectacular puede quedar grande...

Él torció el morro y fijó su mirada en los ojos azules.

---¿Qué quieres decir? ¿No ha estado bien? ¿No te ha gustado?

La risa femenina lo interrumpió.

---Tendrías que haber visto tu cara...

Intentó tumbarse en la cama, pero él se lo impidió. La agarró de las caderas y la empujó hacia su cuerpo, encontrándose de pronto con su pene, que comenzaba a cobrar vida.

---Me alegro de que lo veas divertido ---señaló pasando sus dedos de pronto por sus pezones, que empezaban a endurecerse.

Sarah lo observó y notó como un brillo, que ya conocía, se instalaba en sus ojos verdes.

---¿Qué estás haciendo?

Miguel le mordió la barbilla, provocando que se levantara levemente, momento que aprovechó para agarrar su miembro e introducirlo en su interior.

---¿Vengarme?

Ella gimió al sentirlo.

---No sabía que conocías el uso de la palabra venganza ---dijo con retintín divertida.

Él la miró de forma retadora.

---No me provoques o...

---¿O?

Miguel se levantó y la tumbó en la cama boca arriba, sin separarse de ella. Posó las manos a ambos lados de su cara y le sonrió.

---Tendrás que sufrir las consecuencias ---anunció moviéndose dentro de ella.

Sarah arqueó su cuerpo y lo besó con fiereza.

---Creo que no me importaría ---le dijo cuando terminó la caricia.

Miguel gruñó y la besó de nuevo.

FIN

Merche Diolch

SARAH

YLLEGASTE TÚ 10

«Todos los opresores comprenden, tarde o temprano, que entre sus muchas víctimas habrá al menos una que algún día se alzar  contra ellos y les plantar  cara».

J. K. ROWLING, *Harry Potter y el misterio del pr ncipe*

Prólogo

---¿Crees que si no fuéramos a ese desayuno notarían nuestra ausencia? ---le preguntó Sarah desde la cama mientras observaba como se vestía.

Miguel apareció por debajo del jersey y le guiñó un ojo.

---Seguro que daríamos de qué hablar. ---Se acercó a ella y la abrazó---. Y, aunque quiero mucho a mis amigos, te aseguro que no te gustaría que algunas de esas chismosas te atosigaran a preguntas...

Sarah lo golpeó en el estómago y lo regañó:

---No hables así. Por lo poco que he podido conocerlas, son gente maravillosa.

Él asintió conforme.

---Lo son, pero hazme caso, no querrías que ni Lucía, ni Dulce ni Mónica...

Sarah se rio interrumpiéndolo.

---¿Piensas no mencionar a alguien?

Le robó un beso y siguió buscando lo que trataba de encontrar.

---No seas una sabionda ---la reprendió divertido.

---¿Se puede saber qué buscas? ---Lo observó con las manos apoyadas en sus caderas.

Miguel la miró y se encogió de hombros.

---Mi gorro, pero ha debido de esfumarse...

Sarah negó con la cabeza y apartó la colcha de la cama, apareciendo bajo ella lo que buscaba.

---Debió de acabar ahí anoche. ---Lo cogió y se lo ofreció.

Este fue a quitárselo, pero en el último momento lo apartó de su camino, atrapando el aire.

---Dámelo ---le exigió con una sonrisa.

Ella se alejó de él y negó con la cabeza.

---Ven y quitámelo...

Miguel gruñó.

---¿Otro de tus retos?

Ella encogió uno de sus hombros y chocó con la pared de la habitación, que le impidió retroceder más.

---Puede ser...

El joven se colocó delante de ella y la besó.

Sarah posó las manos en su trasero y lo acercó aún más a ella.

Los dos se miraron en cuanto acabó la caricia. Sus respiraciones estaban aceleradas y el latido de sus corazones resonaba por la habitación.

---¿De verdad que tenemos que ir? ---preguntó ella con voz sensual.

Miguel le dio un nuevo beso y le quitó el gorro sin darle tiempo a reaccionar.

---Te prometo que buscaré cualquier excusa para irnos pronto.

Ella sonrió y agarró su mano.

---Es una promesa.

---Y ya sabes que nunca rompo mis promesas... ---especificó recibiendo un movimiento afirmativo por su parte. Atrapó los abrigos de los dos y salieron de la habitación.

Descendieron las escaleras entre risas y, tras despedirse de la recepcionista, una chica mayor que ellos que ya había sustituido al hombre del turno de noche, salieron a la calle.

En cuanto sus pies tocaron la acera, detuvieron su caminar. Los cristales del Suzuki estaban rotos y las cuatro ruedas pinchadas.

Miguel se acercó hasta el vehículo y atrapó un papel blanco que estaba sujeto en el limpiaparabrisas. Miró a Sarah en cuanto leyó lo que había escrito en la nota y buscó su móvil para llamar a Martín.

---¿Qué pone? ---le exigió saber la joven, acercándose a él.

Él apretujó el papel en su mano y negó con la cabeza.

---Una tontería...

Sarah lo agarró del brazo y lo miró a los ojos. Sospechaba quién habría sido el culpable del estado del coche, pero necesitaba asegurarse.

---Por favor, Miguel.

Este le acarició la mejilla y asintió, ofreciéndole la bola de papel que apretujaba.

Sarah extendió la nota y sintió como su corazón se paraba cuando leyó lo que había escrito en ella:

ES MÍA.

Continuará...

Biografía

Merche Diolch nació en Madrid el día de Reyes de 1979. Lectora empedernida desde la infancia, cursó la carrera de Historia y se especializó en estudios de la Edad Media, aunque no tardó en descubrir que su verdadera vocación era la escritura.

Piensa que todos los sueños se pueden alcanzar, pero siempre con constancia, paciencia y trabajando poco a poco para conseguirlos, por eso tanteó el mundo literario por medio de pequeños relatos con los que colaboró en diferentes antologías literarias hasta que dio el salto publicando *¿Por qué no?* y *Fuego rojo*.

Dos novelas que fueron recibidas con expectación por parte de los lectores y que lograron cosechar grandes éxitos.

Con *Para regalo* consiguió alcanzar el número uno en las distintas plataformas digitales de ventas y todavía

siguen
sorprendiendo
sus
excelentes
resultados.

Sus series *Rapax* y *Dulce y Salado* no dejan de atraer nuevos lectores, recogiendo buenas e increíbles críticas que animan a la escritora a continuar en esta profesión, porque, según su propia opinión: «Sin los lectores, los escritores no existiríamos».

Ha sido dos veces finalista del Premio AURA, galardón que alcanzó en el año 2015.

En 2009 fundó la página *Yo leo RA*, una de las páginas web pioneras en especializarse en el género romántico y de la que derivan incontables actividades y acciones para la promoción del género, como los Encuentros Literarios RA que se celebran cada año y a los que asisten más de 600 personas. Actualmente ha organizado el CiempoLiT. Festival de Literatura Infantil y Juvenil con una increíble respuesta por parte de los asistentes.

A día de hoy trabaja en varios proyectos que verán la luz a lo largo del año.

Enlaces de interés

Blog: <http://merchediolch.blogspot.com.es/>

Facebook: Merche Diolch

Twitter: @MercheDiolch

Instagram: @merchediolch

Miguel

Y llegaste tú 9

Merche Diolch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93

272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta © de la imagen de la portada, Shutterstock

© Merche Diolch, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20968-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II
Moruena Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino
Lucía Arca

Viaje hacia tu corazón
Moruena Estríngana

Tu eres mi vez
Judith Priay

Latidos de una bala
Alexandra Roma

Eres mi mejor sueño
Clara Álbori

Mi sol, mi luna
Calista Sweet

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!
¡Síguenos en redes sociales!